

Trabajo Fin de Grado

La muerte en el Aragón Bajomedieval:
Continuidades y rupturas con el presente

Death in Aragón in the Late Middle Ages:
Continuities and Ruptures with the Present.

Autor

Samuel Ortiz Sáez

Directora

María Luz Rodrigo Estevan

La muerte en el Aragón Bajomedieval: Continuidades y rupturas con el presente

Death in Aragón in the Late Middle Ages: Continuities and Ruptures with the Present.

Samuel Ortiz Sáez

RESUMEN

La muerte constituye un elemento central en toda sociedad y cultura, y no hay periodo donde obtenga un mayor protagonismo que durante la Baja Edad Media, donde los ritos y actitudes suscitados en torno a esta alcanzarían una espectacularidad como nunca en Europa. A través de este ensayo pretendemos abordar el ritualismo fúnebre en el territorio Aragonés, donde seguimos encontrando ciertas reminiscencias en la cultura y tradición ritual aragonesa que preservan las pautas instauradas durante el periodo tardo medieval, muestra de una forma de entender la muerte que permaneció viva con ese sentido y protagonismo hasta pleno siglo XIX e incluso el XX en este territorio, cuando arrastrará al mutismo ciertos temas, considerándolos de mal gusto. Alejamiento de lo macabro de la sociedad actual, al que se resisten algunos de estos ritos de formas unas veces más sutiles que otras. Son estas reminiscencias, al igual que las evidentes rupturas en el ritual fúnebre aragonés donde focalizamos nuestro estudio, indagando para ello en cada uno de los distintos apartados rituales, desde la realización del testamento, hasta las diferentes exequias fúnebres.

Palabras clave: Muerte, Siglo XV, Aragón, fúnebre, ritual, pervivencias.

ÍNDICE

I. INTRODUCCIÓN

1. Justificación e interés del tema elegido	3
2. Objetivos del TFG	4
3. Estado de la cuestión	6
3.1. Un acercamiento a la historiografía de la muerte	6
3.2. Acercamiento a las fuentes para el estudio de la Historia de la muerte	10
4. Metodología y estructuración del TFG	11

II. DESARROLLO

1. La preparación para la muerte	13
1.1. El testamento	13
1.2. La muerte esperada: el proceso de agonía	17
2. El momento de la defunción: el inicio de los rituales fúnebres	19
2.1. El velatorio	21
2.2. El cortejo fúnebre	22
2.3. La Misa de réquiem	23
2.4. Comidas y refrigerios	23
3. La inhumación del cuerpo: Espacios de enterramiento	24
4. Tras la muerte y entierro del difunto: mandas piadosas y obras meritorias	28
4.1. Los encargos de misas	28
4.2. Ofrendas de vino, pan y luz	31
4.3. Obras meritorias	31

III. CONCLUSIÓN 33

IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 36

V. ANEXOS 39

I. INTRODUCCIÓN

La muerte ha suscitado y suscita un gran interés en la vida de todos los individuos a lo largo de la historia. Su intensidad, forma de entenderla y concebirla, o las actitudes y formas de enfrentarla han variado en gran medida en función de cada época, sociedad o lugar. Sin embargo, su capacidad de estar presente en todas sociedades implica la obligación de enfrentarla y por ende da lugar a distintas actitudes, sentimientos y actuaciones, influyendo en el comportamiento humano tanto a nivel individual como colectivo.

1. JUSTIFICACIÓN E INTERÉS DEL TEMA ELEGIDO

La muerte como hecho incuestionable de la existencia siempre ha atraído mi atención, y desde que empecé el Grado de Historia tuve claro que mi Trabajo de Fin de Grado estaría orientado a enfocar algún aspecto de ésta. La Historia Cultural, y más concretamente las corrientes historiográficas derivada de la Historia de las Mentalidades, son las perspectivas que más me interesan, ya que las líneas de investigación abiertas por la llamada “nueva historia” me resultan las más atractivas para acometer el estudio de la muerte.

En cuanto al periodo histórico seleccionado, he decidido centrar mi mirada en los siglos bajomedievales, debido a las grandes evoluciones y transformaciones del Occidente europeo durante estos siglos tanto en el ámbito político, social, territorial y por supuesto cultural, así como por ser una época donde la muerte se muestra presente e inscrita en todos los aspectos de la sociedad y se puede estudiar a través de muy diversas fuentes documentales, sobre todo las archivísticas, las literarias, las iconográficas y las arqueológicas. Pero al mismo tiempo tengo un gran interés en ver las evoluciones, pervivencias e interacciones entre dicho periodo y la actualidad. De igual forma he centrado mi interés en el territorio aragonés, ya que siempre he querido conocer y saber interpretar las tradiciones y manifestaciones culturales del territorio al que pertenezco. De dichas razones surge la decisión de la elección del trabajo que presento en las siguientes páginas sobre la muerte en el Aragón de la Baja Edad Media en una visión comparada con la actualidad.

Para la elaboración de este Trabajo de Fin de Grado, me he basado esencialmente en el manejo de bibliografía especializada, con algunas obras de referencia ya clásicas, así

como por supuesto con investigaciones enfocadas al ámbito espacial que me interesa, y con los artículos e interpretaciones más recientes sobre la temática elegida. La enorme producción bibliográfica y el extenso número de perspectivas desde las que los investigadores han abordado el tema de la muerte y, en concreto, la muerte en la Edad Media, me ha obligado a focalizar mi trabajo en los siglos bajomedievales y en el espacio del reino de Aragón. Aún así, la abrumadora cantidad de referencias ha constituido un obstáculo a la hora de contextualizar el tema y ha sido realmente dificultoso realizar una selección de obras que, de un modo u otro, abordasen los aspectos que quería tratar e hiciesen viable la elaboración del TFG que, según marca la normativa de la Universidad de Zaragoza, debe tener 10 créditos ECTS de dedicación.

Por otro lado, quería buscar el modo de relacionar el pasado histórico y las formas de morir y enfrentar la muerte con la alusión constante de la muerte en las noticias de actualidad, en concreto con los fenómenos de muertes en asilos, hospitales e incluso la propia vivienda. La presencia del tema y la indiferencia o lejanía con las que se “vive” el fenómeno de la muerte en nuestra sociedad da pie a la preocupación de sociólogos y psicólogos sobre todo. Pero también de los historiadores, de modo que la falta de comprensión y aceptación del proceso de morir en la actualidad, propicia análisis de cómo en épocas pasadas —entre ellas la medieval—, los individuos lograron aceptarla en un marco donde la muerte era omnipresente, donde se asumía como algo intrínseco al propio hecho de vivir y donde esa necesidad de comprender, asumir y asimilar la muerte ajena y la propia muerte promovió la elaboración de una serie de artificios socioculturales que, en mayor o menor medida, ayudaron a convivir con la muerte. Los actuales problemas suscitados en torno al hecho de morir —sobre todo al hecho de querer morir en unas condiciones dignas—, la implacable repercusión psicológica y social que produce en las personas cuando acontece, el alejamiento de nuestra vida diaria de todo lo que tiene que ver con la muerte debido a nuestra falta de concienciación y reflexión, todo ello justifica el gran desarrollo historiográfico que ha tenido el tema en las últimas décadas: el historiador, desde su condición de individuo implicado en la sociedad que le rodea, se plantea cómo abordar un tema tan trascendente como inevitable e investiga en el pasado, en las vivencias y en las soluciones que construyeron otras sociedades estrechamente ligadas con la muerte, como la medieval.

2. OBJETIVO DEL TFG

El objetivo de mi Trabajo de Fin de Grado es realizar un estudio centrado en los ritos, sistemas relacionales e instrumentos articulados por parte de la sociedad medieval ante la muerte. Todo ello analizado a través de las investigaciones basadas en la lectura e interpretación de diversas fuentes historiográficas. Los trabajos seleccionados permiten introducirnos en el gran desarrollo de la imaginaria sociocultural que ayudó a la sociedad a enfrentarse a la muerte, y que se halla definida por las estructuras sociales y relacionales de las cuales surgió este determinado ritualismo mortuario. Por otro lado, he intentado mostrar a partir de los estudios de la muerte en el marco espaciotemporal medieval ciertas pervivencias culturales. Por eso he intentado una comparativa con el periodo actual en cada uno de los diferentes fenómenos rituales para enfrentar el proceso de morir. Dicho de otra manera, he tratado de analizar el paso de la “muerte vivida” a la “muerte obviada”

u olvidada que caracteriza la sociedad actual, donde este acontecimiento natural ha sido alejado del ámbito social y comunitario, ha perdido interés y evita la reflexión tanto a nivel individual como colectivo sobre un aspecto de la vida que es tan cierto como inevitable. Pretendo dar muestra del cambio de actitudes frente al hecho de morir, pero centro mi mirada en el cambio del ritualismo y de la imaginaria social que durante siglos en la cultura cristiana puso en relación a los diversos grupos y ofreció ayuda y apoyo emocional en la difícil tarea de aceptar la muerte y reconstruir la vida tras la ausencia de los seres más allegados. Los siglos medievales fueron decisivos en la creación de una arquitectura mental de lo luctuoso y lo fúnebre específica dentro de la cultura occidental cristiana cuyas huellas han sido visibles hasta bien entrado el siglo XX. La evolución de los sistemas sociales modernos ha invisibilizado la propia muerte, lo cual implica una serie de problemas para la sociedad actual que sufre de manera más profunda la muerte ante la falta de soluciones sociales, tanto institucionales como comunitarias, para superar los profundos malestares que genera este fenómeno.

Pero al mismo tiempo, pretendo mostrar que, a pesar del ocultamiento y postergación del ritualismo funerario por parte de nuestra sociedad, que rompe la omnipresencia de la muerte característica de la época medieval, muchos de sus ritos y costumbres permanecieron vivos hasta prácticamente la actualidad en buena parte del territorio aragonés. Conservados desde la Edad Media han llegado a nuestros días, adaptados a un contexto sociocultural y económico completamente distinto y, en cierto modo, siguen articulando la forma en que la sociedad se relaciona con la muerte. Por ello he apoyado este ensayo en estudios antropológicos sobre el territorio para de esta manera hacer una comparativa y analizar cómo han evolucionado hasta su práctica desaparición. Además, expongo algunas de las diferencias regionales claves, razón por la que selecciono el territorio de Aragón como eje de mi estudio, en contraposición con el resto del ámbito peninsular o europeo, debido a que una serie de características propias del derecho aragonés y de los usos consuetudinarios determinaron una evolución diferenciada en cuestiones como la costumbre de hacer testamento y sus formas o como los espacios relacionales y los ritos de muerte y duelo.

A pesar de que me he centrado en la muerte y los distintos procesos formales llevados a cabo por el individuo y la sociedad en una comparativa con la actualidad, este trabajo también aporta información sobre la concepción misma de la muerte, sobre cómo era entendida durante los siglos medievales y en la actualidad, siguiendo los patrones explicativos de la historiografía sobre el tema. Así mismo en el estado de la cuestión me expongo las principales perspectivas de estudio surgidas en torno a este tema tan trabajado, por medio de un breve comentario de las aportaciones más destacadas. La extensa bibliografía abunda en multiplicidad de temáticas y formas de abordar esta cuestión, obligándome a establecer unos límites claros a este trabajo y a optar por el desarrollo de un estudio detallado de los rituales en el ámbito aragonés.

3. ESTADO DE LA CUESTIÓN

3.1. Un acercamiento a la historiografía de la muerte

El tema de la muerte despierta desde hace décadas un interés transcendental en la historiografía. Los estudios iniciados por parte de la escuela de *Annales* dieron inicio a una tendencia con un considerable éxito en el último cuarto del siglo XX, con una producción sobre la materia que no para de aumentar en la actualidad. Quizá porque la muerte permite hablar de la vida, porque es un hecho insoslayable que afecta a todos los seres vivos, configurándose como centro y parte vertebral de toda vida, toda sociedad y todo pensamiento religioso y porque constituye la única certeza absoluta que limita nuestras vidas, aspiraciones y metas al convertirse en el final inequívoco al que todos acabamos llegando y al constituir un cambio de estatus irreversible.¹ Desde la historia, la sociología e incluso la psicología se están empezando a tratar todos los aspectos que rodean el tema mortuorio, replanteando las teorías sobre el mundo cultural y mental en época medieval y en la actualidad.

La historia de la muerte experimentó un salto cualitativo en el momento en que *Annales* inició la renovación de los estudios históricos, abriendo el camino hacia la historia de las mentalidades. Una historia con la que se pretendió —a través de estudios interdisciplinarios y del análisis de los procesos de larga duración— recrear todo el universo psicológico, intelectual y moral de las sociedades. Las obras de Huizinga de los años 40, y los clásicos como Nietzsche o Febvre, iniciaron las reflexiones acerca del tema. Sería Philippe Ariès quien dio el impulso definitivo a la historia de las emociones y las mentalidades a través de sus estudios centrados en la muerte y las actitudes de la sociedad ante este fenómeno, iniciando una línea de investigación y temática que llega a nuestros días con un auge renovado, generando amplios debates en el marco teórico y metodológico por medio de los cuales consolidar una disciplina de la historia de la muerte estable y definida.

La muerte, a diferencia que en la actualidad, ha constituido un factor fundamental y central en la vida de las personas y en las sociedades históricas. Se articula como un elemento fundamental dentro de todas las religiones, en las relaciones sociales y en las formas de estructurar y regular el universo vital. Pero a lo largo de la historia europea tal vez no haya tomado una relevancia igual como la que tuvo durante la época bajomedieval, sobre todo durante el siglo XV, donde se llenó toda la sociedad de un enorme entramado de representaciones, ritos y reflexiones en la cultura popular y en las imágenes construidas desde los poderes institucionales de las élites laica y eclesiástica². Esto nos sitúa ante un período histórico donde las consideraciones y relaciones suscitadas a raíz del tema de la muerte fueron de especial transcendencia. Unas formas de acercarse a un tema tan central en la vida de todos que se han perdido y difuminado en las sociedades occidentales contemporáneas, y que obligan a la población actual a adoptar una posición de

¹ Zambrano González, J. (2016). "Cultura funeraria popular en España y su presencia historiográfica". En J. Peinado Guzmán, & M. Rodríguez Miranda, *Meditaciones en torno a la devoción popular* (págs. 514-532). Córdoba: Asociación para la investigación de la Historia del Arte y el Patrimonio Cultural "Hurtado Izquierdo", pág. 515.

² Rodrigo Estevan, M. L. (2002). *Testamentos medievales aragoneses. Ritos y actitudes ante la muerte (siglo XV)*. Zaragoza: Ediciones 94, pág. 7.

indiferencia o inconsciencia respecto de este hecho tan trascendental como es el morir. De este modo encontramos un panorama medieval donde la muerte era aceptada como un hecho intrínseco a la vida con una omnipresencia absoluta, tejiendo un sistema mental colectivo que innumerables teorías y autores han intentado explicar, pero que la realidad se empecina una y otra vez en desmontar.

En los siglos contemporáneos se ha dado un marcado desinterés de los historiadores y la sociedad por el tema de la muerte, marcando el desarrollo de este por investigadores de otras ciencias sociales como psicólogos, antropólogos y sociólogos. Pero ya en los años cincuenta surgirán las primeras monografías sobre el tema realizadas por historiadores, pero enfocadas desde otras disciplinas como la obra de Tenenti que lo estudiaba a través de los testimonios iconográficos. Creciendo notablemente de esta manera los estudios de esta temática durante los años sesenta, cuando al final de esa misma década surgirá una de las figuras referentes en la materia a nivel internacional, cambiando el panorama de la historia cultural y de las mentalidades de manera notable en las décadas posteriores. Surgiendo la figura de Michel Vovelle, que junto con Ariès, serán los historiadores de referencia en el tema, dando pie al momento de auge de esta materia que serán los años setenta y ochenta, apoyados en enfoques metodológicos y formulaciones teóricas heredadas de la Escuela de Annales y la microhistoria. (Azpeitia 2008)

En torno a las obras cumbre de estos autores giraron buena parte de los estudios académicos e historiográficos que versan sobre este tema, tratando esencialmente los problemas suscitados por los mismos, pero aplicados a contextos espaciotemporales concretos y diferentes a los que ellos analizaron. A Vovelle le debemos la profundidad de su reflexión teórica y metodológica, elaborando la metodología que aplicarían todos los historiadores posteriores que han estudiado este tema. El análisis serial de conjuntos amplios de testamentos para el estudio de las actitudes ante la muerte. Por otro lado, las obras de Ariès *Historia de la muerte en Occidente. Desde la Edad Media hasta nuestros días* y *El hombre ante la muerte* constituyen el estudio más ambicioso acerca de las actitudes ante la muerte jamás realizado, ya que abrió por medio de una inmensa base documental un gran número de temas que, siguiendo sus pasos, serían desarrollados por el resto de especialistas en esta materia.

Estableció este autor una de las teorías base de nuestro trabajo, las etapas de la muerte³, articulando una progresión por etapas desde finales de la antigüedad hasta la actualidad. En nuestro TFG, ha sido de especial importancia la consideración de dos de estas etapas, por un lado, la que denominó la *Propia Muerte*, centrada en la Baja Edad Media, y por el otro la *Muerte Vedada* que se refiere a la sociedad de su tiempo en el siglo XX. Nos da muestra en la primera de un periodo donde la muerte estaba inscrita en la sociedad aceptada con solemnidad como un hecho natural, como una etapa de gran importancia que toda vida debía franquear. En la segunda abre la ventana al análisis del trascendental cambio producido a partir de la segunda mitad del siglo XIX, donde se difumina y desaparece, volviéndose vergonzante y objeto de tabú (Ariès 2000)

³Ariès, P. (2000). *Historia de la muerte en Occidente*. Barcelona: El Acantilado. Incide en ella por medio de su obra, que supondrá el culmen de su pensamiento y trabajo en la larga duración, tratando las actitudes ante la muerte desde la sociedad tardía hasta la actualidad.

Siguieron surgiendo en la década de los setenta otras obras y reuniones científicas que sirvieron de punto de referencia a tendencias historiográficas posteriores: los estudios antropológicos de Edgar Morin⁴; los congresos especializados que abrieron nuevas perspectivas de discusión y debate en torno, por ejemplo, al concepto de “religiosidad popular” que enraizó un intenso debate durante las décadas de los setenta y ochenta; un buen referente para su estudio es el enorme compendio de trabajos realizado por María Jesús Buxó, Salvador Rodríguez Becerra y León Carlos Álvarez⁵, que dan muestra del interés de este concepto y de cómo entronca con los estudios de la muerte y ayuda a configurar la historia de las mentalidades. Pero de este periodo sigue siendo lo más destacado, sin lugar a dudas, las aportaciones de las obras cumbre de Michel Vovelle y Philippe Ariès.

Partiendo de la trascendencia de la obra de estos autores durante la década de los setenta se logró consolidar la historia de la muerte como tendencia historiográfica, a través de la concepción de su estudio por medio de larga duración y que se abrió a nuevas perspectivas, no sólo psicológicas como habían estudiado estos autores, sino también sociales. Prueba de ello son el desarrollo de temáticas como la sociabilidad en torno a la muerte y los lazos comunitarios surgidos ante la muerte del individuo. Al mismo tiempo, surgió el debate entre las dos grandes figuras de este tipo de estudios. Ariès y Vovelle, que entablaron un combate dialéctico de gran calado para ver qué teoría estaba mejor argumentada y resultaba más consistente. Mientras Vovelle implantó el análisis serial de conjuntos de testamentos como método de trabajo, Ariès aportó una prosa fluida que atrajo a un amplio espectro de público a estos temas y a sus teorías de larga duración. (Azpeitia 2008: 124)

De esta nueva historia que se estaba forjando en la década de los ochenta fueron partícipes esenciales la siguiente generación de *Annales*, con figuras tan destacables como Jacques Le Goff y Pierre Nora. Estos autores iniciaron el nuevo acercamiento a este tipo de temas por medio de investigaciones de notable interés y trascendencia⁶ que se convirtieron en referentes para entender la historia de las mentalidades, sus temas, métodos y fuentes, englobando la historia de la muerte. También destacaron Duby, Chiffoleau o Chaunu⁷, cuyos trabajos constituyen ejemplos del desarrollo de la microhistoria por medio del estudio sistemático de testamentos específicos de un ámbito territorial concreto, corriente que sigue vigente en la actualidad. Para nuestro estudio y siguiendo estas corrientes cabe destacar el trabajo de María Luz Rodrigo Estevan centrado en los testamentos aragoneses, con especial atención a los de la ciudad de Daroca y su entorno aldeano o los de M^a Carmen García Herrero sobre Calatayud y Zaragoza bajomedieval.⁸

⁴ Morin, E. (1974). *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairós. Expone reflexiones sobre la muerte como concepto, hecho objetivo o idea temida entre otros.

⁵ Buxó Rey, M., Salvador, R., & Álvarez y Santaló, L. (1989). *Religiosidad popular*. Barcelona: Anthropos.

⁶ Le Goff, J., & Nora, P. (1978). *Hacer la historia*. Barcelona: Laia. Será una obra completa que dirigida por ellos y que incluirá trabajos y reflexiones de muy diversos autores como por ejemplo Duby.

⁷ Chiffoleau, Jacques (1979). “Les confréries, la mort et la religion en Comtat Venaissin à la fin du Moyen Age”, *Mélanges de l'École Française de Rome: Moyen Age-Temps Modernes*, 91, 785-815. Y la obra de Chaunu, Pierre (1978) *La mort à Paris XVIè-XVIIIè siècles*, Paris, Fayard.

⁸ Ambos trabajos realizan un estudio sobre los testamentos en un ámbito espacial concreto del territorio aragonés, Rodrigo Estevan, M. L. (2002). *Testamentos medievales aragoneses. Ritos y actitudes ante la*

A la par, surgieron trabajos con una temática más abierta y renovadora, acerca de la religiosidad, el infierno o el purgatorio destacando la obra de Le Goff,⁹ la interpretación de los testimonios artísticos y representaciones iconográficas por parte de Manzi y Bedoya¹⁰ o los trabajos de Jean-Claude Schmitt sobre el suicidio¹¹, siendo este autor el mayor especialista en abordar esta perspectiva de la muerte.

En el ámbito de la historia peninsular encontramos ya en los años 50 acercamientos diversos a este tema, pero no fue hasta la década de los 80 cuando, influidos por los estudios llegados desde Francia, se iniciaron trabajos de mayor profundización en el tema mortuario. Destacan las obras de Emilio Mitre¹², que estudia la muerte en el occidente europeo como un todo, dando especial importancia a la España cristiana y otros autores de la escuela medievalista argentina como Susana Royer de Cardinal o Ariel Guance cuyos estudios se centran en la muerte en Castilla en la Baja Edad Media, profundizando en el conocimiento de las actitudes ante la muerte en localidades concretas y teniendo el testamento y las fuentes narrativas como soporte principal de sus tesis. La dinámica de utilizar los testamentos como fuentes primarias para las investigaciones cambió en la década de los 90, cuando se ampliaron las temáticas y se diversificaron las fuentes documentales notariales a otros testimonios narrativos o iconográficos como las danzas de la muerte, los manuales de bien morir, las arquitecturas fúnebres y las esculturas y pinturas del románico y el gótico o testimonios litúrgicos.

Otros abrieron caminos al estudio de características sociales, económicas y religiosas de una sociedad por medio del uso conjunto de testamentos y otras fuentes notariales, como Leonor Gómez Nieto sobre Madrid¹³, Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla sobre Navarra¹⁴, Juan Carlos Martín Cea sobre Paredes de Nava¹⁵, el libro coordinado por Jaume Aurell y Julia Pavón sobre las actitudes, espacios y formas de la muerte en la España medieval que insiste en la transversalidad en el estudio de la historia de la muerte en la Edad Media e incluye varios estudios sobre Castilla, Navarra y Cataluña¹⁶; y los anteriormente citados estudios sobre Aragón de M^a Luz Rodrigo o María del Carmen Herrero. Pero siguiendo todos ellos las metodologías y desarrollos ya apuntados por Vovelle, Chaunu y Chiffoleau. De este modo, pese a que en los últimos años ya no son tan abundantes las investigaciones como los fueron en las décadas de 1990 y 2000, en los últimos años se están produciendo derivaciones en los estudios que permiten mantener

muerte (siglo XV). Zaragoza: Ediciones 94 y García Herrero, M. C. (1984). "La muerte y el cuidado del alma en la Zaragoza del siglo XV" *Aragón en la Edad Media*. Zaragoza: Universidad.

⁹ Le Goff, J. (1981). *El nacimiento del Purgatorio*. Madrid: Taurus.

¹⁰ Manzi, O., & Bedoya, J. (1987). *El tema de la muerte como expresión de la crisis bajomedieval*. Buenos Aires: Facultad de filosofía y letras.

¹¹ Schmitt, Jean-Claude. (1976). "Le suicide au Moyen Âge". *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 31: 3-28.

¹² Mitre Fernández, Emilio (1994). "La muerte y sus discursos dominantes entre los siglos XIII y XV. (Reflexiones sobre recientes aportes historiográficos)". En Serrano Martín, E., ed. *Muerte, religiosidad y cultura popular, ss. XIII-XVIII*, Zaragoza, IFC, 15-35.

¹³ Gómez Nieto, L. (1991). *Actitud de los madrileños ante la muerte, El Madrid medieval. Sus tierras y sus hombres*. Madrid: A.C. al-Mudayna.

¹⁴ Pavón Benito, J. y García de la Borbolla, Á. (2007). *Morir en la Edad Media. La muerte en la Navarra medieval*. Valencia, Prensas de la Universidad de Valencia.

¹⁵ Martín Cea, J. (1991). *El mundo rural castellano a finales de la Edad Media: El ejemplo de Paredes de Nava en el siglo XV*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

¹⁶ Aurell, J. y Pavón, J. eds (2002). *Ante la muerte. Actitudes, espacios y formas en la España medieval*. Pamplona, Eunsal.

una pervivencia de la temática investigadora, destacando aquellos que toman un enfoque hacia el ámbito de las sociabilidades¹⁷ o hacia la aplicación de visiones de género, de estatus social o de adscripción religiosa.

3.2. Acercamiento a las fuentes para el estudio de la Historia de la muerte

Hemos constatado una gran variedad de fuentes distintas en el desarrollo de los estudios suscitados en torno al tema mortuario. La elección de las fuentes es, precisamente, uno de los temas de debate dentro de esta corriente historiográfica. Las investigaciones en general se basan en dos tipos de fuentes: las fuentes de carácter escrito, de las cuales se hacen continuas relecturas y revisiones para ver si se les puede dar un enfoque diferente al llevado a cabo en investigaciones anteriores; y, por otro lado, las fuentes materiales que, a pesar de ser utilizadas desde el inicio de esta disciplina, habían sido relegadas por las de carácter escrito, y posibilitan una ampliación de los enfoques.

La mayoría de las fuentes primarias de las que se han servido los historiadores para el estudio de la muerte son la documentación archivística, destacando por encima del resto el uso de los testamentos como tipología documental básica en la comprensión del fenómeno mortuario, siguiendo las pautas establecidas por Vovelle ya en los años setenta. Esta tipología de fuente escrita permite indagar en las características y perfil de los testadores que lo redactan desde la vivencia de la propia muerte; también permite la aproximación al conjunto de gestos y ritos realizados para asegurar el tránsito al Más Allá, con el objetivo de vencer el temor a ésta, de “domesticarla”, convirtiéndola en una etapa más de la vida.¹⁸ Por otro lado la proliferación de legislación eclesiástica y municipal o los conocidos como “manuales del bien morir” aportan una visión institucional inspirada por la Iglesia para encauzar las prácticas que rodean el “tempus mortis”, para crear la imagen de una “muerte amiga” y una “muerte vencida” y, para imponer, en definitiva, un modelo de muerte cristiana y oficial. (Rodrigo 2002)

Por otro lado, el tradicional uso de fuentes artísticas y literarias que se dio en el inicio de esta corriente historiográfica y que fueron aprovechadas en trabajos tan reconocidos como los de Tenenti, sigue teniendo una gran implantación en las últimas corrientes de estudio en torno a la muerte, que revalorizan su uso. Destacan en este sentido las investigaciones de Víctor Infantes sobre las danzas de la muerte¹⁹ o de Francesca Español sobre lo macabro en el gótico hispano²⁰, que perpetúan la utilización de unas fuentes fuera del ámbito documental y que permiten una interpretación más abierta de estos temas. (García y Falcón, 2006).

De este modo, en la actualidad la relectura de las fuentes tradicionales y la explotación de fuentes materiales como las arqueológicas y artísticas sigue teniendo un amplio desarrollo y discusión, al igual que siguen siendo fundamentales las revisiones y ampliaciones contenidas en la bibliografía generada por los grandes historiadores

¹⁷ Rodrigo Estevan, M. (2010). “Muerte y sociabilidad en Aragón (siglos XIV-XV)”. En J. Martín Cea, *Convivir en la Edad Media* (págs. 283-320). Burgos: Dossol.

¹⁸ Vovelle, M. (1985). *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Ariel.

¹⁹ Infantes, Víctor: *Las danzas de la muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval (siglos XIII-XVII)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1997.

²⁰ Español, Francesca: *Lo macabro en el gótico hispano*, Madrid, Cuadernos de Arte Español, 70, 1992.

especialistas y fundadores de esta disciplina, como fueron Vovelle, Ariès, Chaunu, Le Goff o Tenenti, entre otros.

4. METODOLOGÍA Y ESTRUCTURACIÓN DEL TFG

A la hora de realizar este trabajo he ajustado la estructura y organización del ensayo a las pautas y recomendaciones establecidas por la normativa vigente para la elaboración de Trabajos de Fin de Grado proporcionadas por la universidad, de igual forma que he inspirado mi estructura expositiva basándome en algunos destacados estudios sobre la ritualidad suscitada por la muerte. También cabe destacar la labor orientativa de la profesora María Luz Rodrigo como tutora, en la orientación académica para la articulación de los contenidos del trabajo y la selección de fuentes.

La bibliografía utilizada ha sido variada, ofreciéndome una visión panorámica sobre el estudio de la muerte en la historiografía tradicional y la más reciente. Las lecturas realizadas me han permitido delimitar la temática, ya que el planteamiento inicial, mucho más amplio, sobre la muerte medieval en el contexto europeo, se ha visto delimitado a un estudio más concreto sobre los ritos en el territorio aragonés. Las lecturas realizadas de la bibliografía más genérica me han acercado a las diferentes formas en las que ha sido abordada y está siendo abordada esta parcela de la historia, las principales teorías y líneas de investigación, los autores más destacados y las diversas metodologías de estudio y fuentes utilizadas.

Una vez conocido el estado de la cuestión y las principales investigaciones realizadas hasta el momento, centré mi lectura en seleccionar trabajos y estudios más específicos en torno a los ritos mortuorios en el Aragón medieval. Existe un número importante de ensayos e investigaciones académicas tanto a nivel regional como centrados en determinadas localidades sobre época medieval. Y también, aunque en menos cantidad, hay trabajos que abordan la muerte en la actualidad, aunque son de carácter más antropológico, sociológico y psicológico que histórico, pero me han enseñado la importancia de la interdisciplinariedad en la disciplina histórica.

A la hora de abordar mi trabajo he encontrado que los autores manejan una gran variedad y número de fuentes. Fuentes primarias a las cuales he accedido a través de diversas publicaciones y cuya lectura me ha permitido conocer los métodos de investigación en historia, apreciar la labor de interpretación que hacen los historiadores con las fuentes primarias y, finalmente, poder realizar un análisis directo de alguna de esas fuentes, poniendo en práctica lo aprendido y leído sobre el tema para obtener valoraciones propias.

El desarrollo analítico ha quedado estructurado en cuatro capítulos. En el primero abordé el encuadramiento social de la muerte dentro de unas pautas de comportamiento que obligan al individuo a estar preparado para la llegada de la muerte. Esta preparación se realizó en las sociedades bajomedievales cristianas y, en especial, en la aragonesa, a través de la redacción del testamento y a través del proceso de enfermedad y agonía, dentro de un concepto de muerte “anunciada” en el que el deterioro físico precedía al desenlace final, concepto totalmente opuesto al de muerte repentina, muerte accidental o muerte sin sufrimiento que tan presente está en nuestra vivencia actual de la muerte. Un

segundo capítulo permite acercarnos, una vez producida la muerte, a todos los ritos que las sociedades ponen en marcha para despedir a sus seres queridos y que en el período medieval tuvieron especial relevancia en la creencia de que en los primeros instantes tras el fallecimiento, el acompañamiento del difunto y las oraciones ayudaban e iluminaban el tránsito del alma hasta el purgatorio y, sobre todo, permitían la necesaria recomposición de las estructuras parenterales tras la pérdida de un familiar. Un tercer capítulo lo hemos centrado en abordar la inhumación del cuerpo en los lugares de enterramiento que los difuntos habían elegido en vida en función de sus deseos de yacer junto a los seres más queridos en espera de la llegada del juicio final y del momento de la resurrección de los cuerpos; o en su afán por enterrarse en lugares destacados y privilegiados que marcaran su preeminencia social y que permitiesen al difunto beneficiarse de un mayor número de oraciones o de la mayor sacralidad del lugar elegido. El último capítulo aborda específicamente este afán por “comprar” la salvación y hacer más leves las penas del purgatorio en espera del momento del juicio final; los legados piadosos, las obras meritorias, las ofrendas y sobre todo los rezos y misas fueron los medios establecidos por la Iglesia para que los fieles invirtiesen en la salvación de sus propias almas y de sus difuntos y procurasen una más rápida expiación de pecados y una mayor ligereza de las penas del purgatorio. Todo este desarrollo analítico se realiza en perspectiva comparada, haciendo continuos paralelismos entre la vivencia de la muerte en el período medieval y en la actualidad, por ser este uno de los objetivos que me había propuesto con la elección de este tema de TFG.

Finalmente, el trabajo se cierra con unas breves conclusiones, las referencias bibliográficas utilizadas y un anexo documental que complementa lo comentado a lo largo del desarrollo analítico.

II. DESARROLLO

1. La preparación para la muerte

La muerte generó un enorme interés durante la época medieval, afectando de forma directa a la vida de todos los individuos, en sus relaciones sociales, laborales, económicas, etc. ya que llegó a impregnar todos los aspectos de la vida medieval hasta niveles que no se han vuelto a dar en las sociedades occidentales, donde ha sido apartada del mundo de los vivos, de los debates de opinión pública y ha quedado relegada al plano del olvido. Muestra de la preocupación por la muerte y la vida en el Más Allá por parte de los habitantes del medievo europeo, en general, y aragonés, en particular, es la profusión de mandas testamentarias y la redacción de últimas voluntades, consideradas como instrumento de preparación y de asunción de la propia muerte en un contexto de convivencia con la muerte ajena y de espera de la propia muerte.

1.1. El testamento

El testamento constituye el mejor instrumento para la investigación y la comprensión del fenómeno de la muerte en el periodo medieval, cuando todavía las fórmulas notariales no estaban totalmente implantadas y dejaban resquicios para que el testador expresase de manera espontánea sus deseos de cómo debía actuarse en sus últimos momentos de vida y tras su fallecimiento. Investigadores como Michel Vovelle y Jacques Chiffolleau convirtieron las últimas voluntades en la fuente por excelencia de sus estudios, a pesar de conocer las limitaciones de este tipo de fuentes no sólo por su progresiva rigidez formal sino también porque no todos los grupos sociales acudieron ante el notario con la misma facilidad y porque, en algunos casos, las presiones familiares, sociales y religiosas pudieron condicionar la voluntad del testador, sobre todo en los grupos sociales acomodados.²¹

Como documento de valor legal, el testamento medieval presenta de forma indisociable disposiciones jurídicas junto a disposiciones devocionales y de carácter benéfico e incluso asistencial. Sobre las bases del derecho romano, la Iglesia mediatizó estos documentos en aspectos claves como el lugar de sepultura y los sufragios para

²¹ Del Campo Gutiérrez, A. (2011). *El libro de Testamentos de 1938-1407 del notario Vicente de Rodilla. Una introducción a los documentos medievales de últimas voluntades de Zaragoza*. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico"(C.S.I.C.).

alcanzar la salvación y la cultura popular conformó ritos, actitudes y prácticas que, impregnadas por el cristianismo, conservaron cierto carácter propiciatorio, mágico e incluso supersticioso.

Existen factores socioculturales de diversa índole que condicionan los comportamientos y respuestas que la muerte genera.²² Y hacer testamento es una de estas respuestas en el periodo medieval, donde el documento escrito con validez legal se desarrolla extraordinariamente. Resulta importante analizar las causas y motivaciones que empujaron a testar a las gentes bajomedievales y los elementos clave que se recogen en los testamentos porque en este primer análisis encontramos ya una diferencia clave con los testamentos contemporáneos, muy alejados de reflejar los intereses y la relación personal y social con la muerte en las sociedades occidentales actuales.

Entender las causas para testar permite comprender los objetivos, intereses y percepciones del testador. En la época medieval la causa primordial y más mencionada es el temor a una mala muerte y a afrontar el juicio de Dios. A través de las mandas testamentarias se busca, fundamentalmente, la reconciliación con Dios y con los semejantes y dejar resueltos todos los asuntos terrenales y los asuntos del alma. Esta finalidad nos remite a la idea tan extendida y reiterada de la buena muerte, que muestra como condición *sine qua non* para alcanzar la salvación eterna la pureza y exención de pecado en el momento del óbito.²³ El temor es profundo por la incertidumbre del momento en que la muerte llega —“no hay cosa tan cierta como la muerte ni tan incierta como la hora de aquella” señalan algunos testamentos—, y era necesario estar preparado para recibirla. Por ello, el momento elegido para otorgar testamento fue, para muchos, el riesgo de muerte que se vislumbraba ante una enfermedad, un viaje, un embarazo, una condena judicial o, simplemente, la vivencia de la muerte de un familiar cercano, la evitación de conflictos y disputas entre los herederos o el deseo de dejar todo lo poseído a una institución religiosa o benéfica.²⁴

Contrasta en gran medida estas causas con la situación contemporánea en la que la motivación principal, el reparto de herencia, viene regulada sin necesidad de que exista testamento. Desde el siglo XIX la ordenación de los bienes se impuso sobre los legados píos, convirtiendo el testamento en un mero instrumento legal para el reparto de la herencia, aunque ya desde el siglo XVI esta tendencia había quedado apuntada.²⁵ Además, ha quedado atrás ese profundo temor al más allá y al juicio divinos

Al igual que las causas y motivaciones la hora de testar han cambiado, el contenido de esta tipología documental ha evolucionado de forma drástica. La religiosidad que durante siglos fue un elemento vertebrador de las disposiciones testamentarias, debido al temor a Dios y a la incertidumbre del más allá, dejó el reparto entre herederos en un segundo e inespecífico plano en muchas ocasiones, en comparación con el detalle en la descripción de las mandas pías y el cuidado del alma y de los elementos rituales que garantizaban el buen tránsito hacia el Más Allá. Se hace patente este hecho cuando

²² Rodrigo 2002: 20-24.

²³ Rabazo 2009: 213-214.

²⁴ Rodrigo 2002: 53-59. Este trabajo ahonda en sus primeros capítulos en las razones para testar de los otorgantes, así como en la extracción social de los mismos y sus condiciones socioeconómicas, mostrando la caracterización de los testadores por sexo, edad, condición física, estado civil, etc.

²⁵ Rodrigo 2002: 34.

prestamos atención a la estructura de los testamentos bajomedievales: protocolo inicial (datos del otorgante); disposiciones pías y espirituales y reparación de tuertos, deudos e injurias, que ocupan un papel central en el documento; reparto de la herencia; y por último la elección de albaceas encargados del cumplimiento de las últimas voluntades. Se parece en buena parte a los testamentos actuales, pero su contenido se focalizó en el cuidado del cuerpo y del alma, mostrando una clara influencia religiosa que atraviesa todas las cláusulas testamentarias medievales.²⁶

Por otro lado, en la actualidad, el testamento es un instrumento notarial usado con claras intenciones económicas. Ciertamente, que más allá de los testamentos han surgido en los últimos años documentos notariales diferentes, que pretenden dar cabida a estos elementos olvidados durante los últimos siglos. Ejemplo de ello son las voluntades anticipadas, que permiten expresar los deseos de la persona a la hora de ser cuidado durante la enfermedad o los procesos del final de su vida, así como el destino de su cuerpo. Pero a pesar de existir esta posibilidad mediante un procedimiento administrativo legal, es desconocido para la mayoría de la población, y muy poca gente muestra interés en realizar estas voluntades anticipadas²⁷ debido a la escasa o nula reflexión sobre la llegada de la propia muerte, sobre los últimos momentos de la vida o sobre el funeral. Lo cual implica, una especie de negación de la muerte y la falta de preparación para las situaciones cercanas a la muerte y para la muerte misma, conformándose escenarios de incertidumbre y desconocimiento y, en definitiva, afrontando la muerte de forma más abrupta e impactante que en épocas pasadas.

El testamento constituye en sí mismo un elemento distintivo de nuestra sociedad actual al no ser más que un mero instrumento notarial que no permite poner en relación a las personas con el mismo acto de morir, que no permite seguir vinculando a los difuntos con el mundo de los vivos y que no posibilita el estudio de las actuales concepciones de la vida ni de la muerte.

Además, el testamento medieval permite traslucir desde condicionantes geográficos hasta la estructuración interna de las formaciones sociales²⁸, con hábitos sociales y culturales que marcaron las actitudes religiosas y los rituales mortuorios. Efectivamente, las investigaciones muestran que de los testamentos bajomedievales podemos extraer una enorme información cuyo conocimiento nos ha permitido elaborar los siguientes epígrafes de este trabajo, centrándonos, por cuestiones de espacio, en el territorio del Aragón medieval, que cuenta con una enorme profusión de mandas testamentarias de carácter muy heterogéneo conservadas en archivos notariales y eclesiásticos. Este elevado número de documentos archivísticos permite la caracterización social de los testadores, en muy diversos ámbitos rurales y urbanos —Zaragoza, Teruel, Huesca, Barbastro, Calatayud, Daroca... a través de los trabajos de María Luz Rodrigo, Carmen García Herrero, Ana del Campo, Isabel Falcón y otros autores, realizados en perspectiva

²⁶ Del Campo Gutierrez, A. (2011). *El libro de Testamentos de 1938-1407 del notario Vicente de Rodilla. Una introducción a los documentos medievales de últimas voluntades de Zaragoza*. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico"(C.S.I.C.).

²⁷ Dirección General de Calidad y Atención al Usuario. (2015). *Los aragoneses ante el proceso de morir*. Departamento de Sanidad, Bienestar Social y Familia. Zaragoza: Gobierno de Aragón. Estudio realizado por el Gobierno de Aragón en 2015, donde trabajan de forma estadística y cuantitativa, aunque también analítica la forma en que la sociedad aragonesa afronta y vive el proceso de morir.

²⁸ Rodrigo 2002: 8.

comparada, lo que permite confirmar la existencia de unas actitudes ante la muerte concretas, con rituales propios en respuesta a los condicionantes geográficos, históricos, socioeconómicos y culturales del compartimentado territorio aragonés.²⁹ En su conjunto, los estudios sobre testamentos aragoneses nos aportan una visión clara de que la extendida práctica de ir al notario, el valor probatorio del documento escrito —según el principio jurídico *standum est chartae*—, el bajo coste de las escrituras notariales y la posibilidad de que la mujer pudiese emitir documentos legales por sí misma, implicó la redacción de una cantidad nada desdeñable de testamentos. Eso sí, hay que tener en cuenta las limitaciones jurídicas a la hora de testar que tuvieron determinados colectivos como los menores de edad, los herejes, los desterrados y algunas órdenes religiosas, así como los factores de carácter geográfico —se conservan más documentación en las ciudades que en los núcleos rurales— y los factores de carácter económico, siendo más notoria la práctica de testar entre los grupos aristocráticos y burgueses, los grupos artesanos y los campesinos propietarios frente a las clases económicamente más desfavorecidas tanto en el mundo rural como en el urbano.³⁰

La comparativa con territorios como Castilla, Navarra, el País Vasco, o más concretamente Madrid, da muestra de la cantidad de documentación testamentaria que fueron capaces de generar las poblaciones de Aragón —y también de otros territorios de la corona aragonesa como Valencia y Cataluña—, que no es equiparable con la del resto de la Península hasta avanzada ya la época moderna. En el ámbito castellano, el testamento se convirtió a fines del período medieval en símbolo de predominio social y de distinción social, siendo muy bajo el porcentaje de la población que realizaba testamentos.³¹ Los estudios de Leonor Gómez para Madrid, o Fernando Martínez Gil para la Castilla moderna son muy reveladores de esta situación diferenciada. Lo mismo muestra Ernesto García Fernández para el ámbito del País Vasco, donde los testamentos, mucho menos abundantes si cabe frente al resto de territorios citados, muestran que este tipo de documento notarial escapaba a la inmensa mayoría de la población, siendo también un instrumento de diferenciación social.³²

No solo la inmensa cantidad de testamentos otorgados fue un rasgo definitorio del ámbito aragonés durante el periodo bajomedieval, sino también la tipología de testamentos realizados. En Aragón se extendió y reconoció legalmente una forma característica de testar de manera mancomunada³³. Nos referimos a los llamados “testamentos mancomunados”, cuyas particularidades concretas y formas de realización siguen despertando el interés, además de medievalistas y modernistas, de los historiadores del derecho y civilistas, debido al hecho de que este tipo de testamento ha pervivido como un elemento particular del derecho civil aragonés actual respecto del resto de la península, cuyo Código Civil no lo refleja. Ello se debe a lo específico de este tipo de instrumentos

²⁹ Rodrigo 2002: 13

³⁰ García Herrero, 1984: 210-211.

³¹ Gómez Nieto, 1991.

³² Otro estudio destacable de testamento en otros territorios peninsulares es, además de los ya citados con anterioridad, el de García Fernández, E. (1998). “Morir en Vitoria a fines de la Edad Media. La muerte “calculada” del mercader Juan Sánchez de Bilbao”, *Sancho el Sabio: Revista de cultura e investigación vasca*: 123-136.

³³ Documento 1 de los Anexos: *Testamento mancomunado de Jaime Ferriz y Nicolasa de Almudévar*.

legales cuyo uso se consolidó por medio de una arraigada tradición consuetudinaria a la que durante siglos recurrieron los aragoneses y las aragonesas. (Sánchez-Rubio García, 2012).

El testamento en mancomún se convirtió en una forma testamentaria enormemente extendida en el ámbito aragonés de todas las épocas, hasta el punto de ser extraño el hecho de que un matrimonio testara por separado. Su reflejo legislativo actual quedó fijado en el Código del Derecho Foral de Aragón en la Ley 1/1999, de 24 de febrero, obviando los problemas que en otros territorios españoles desató esta forma de testar que no sólo incumbe a los matrimonios —a pesar de que fuera lo más habitual—, sino que los testamentos mancomunados fueron y siguen siendo válidos entre familiares con otro tipo de relación de parentesco, así como entre personas sin vínculos familiares.³⁴

1.2. La muerte esperada: el proceso de agonía

El testamento se convierte también en el instrumento clave para conocer el proceso de agonía en los siglos bajomedievales, entendido este proceso como preparación de una muerte que los individuos deseaban estuviese anunciada a través del deterioro físico.

El primer momento de acercamiento a la propia muerte es la agonía. Buena parte de los testadores aragoneses señalaron en sus últimas voluntades el modo en que querían vivir sus últimos momentos. Era el primer paso hacia la otra vida y el último de la vida terrenal y corporal. Y se deseaba poder vivirlo en el propio hogar, en un ambiente tranquilo, familiar, en muchas ocasiones con la presencia e intervención del sacerdote y de los compañeros de las cofradías devocionales y laborales que sumaban sus rezos y lecturas piadosas a los de los familiares. Los detalles de este proceso quedaban perfectamente organizados antes de que la muerte llegase a través, precisamente, de las disposiciones testamentarias.

Del mismo modo que ocurrió en otros ámbitos geográficos del Occidente medieval europeo y en otros períodos históricos, en la sociedad bajomedieval aragonesa los investigadores han detectado un extendido temor a la muerte súbita, accidental y a la muerte fuera del hogar —en caso de viaje, generalmente—, por lo que todos esperaban que la muerte llegase de manera tranquila en el ámbito cotidiano de la casa y con la compañía y asistencia de los seres queridos, los vecinos y amigos más allegados, los compañeros cofrades, el clero parroquial, el médico e incluso el notario, en caso de no haber hecho antes testamento.³⁵ De esta forma se generaba en el entorno familiar un ámbito de sociabilidad previo a la defunción, en el cual el enfermo recibía la unción y el viático por parte del párroco, y, si la persona estaba en plenas facultades mentales, no había perdido la capacidad de hablar y no había testado previamente, era el momento preciso para ordenar las últimas voluntades ante el notario y los testigos presentes. En las zonas rurales, mal comunicadas, y que no contaban con ningún notario que ejerciese su

³⁴ Sánchez-Rubio García, A. (2012). “El testamento mancomunado aragonés”. *Revista de derecho civil aragonés*, 18: 121-161. Muestra un detallado acercamiento al testamento mancomunado y su trascendencia en Aragón, lo conceptualiza y muestra sus limitaciones, problemas que ha suscitado, así como sus características más relevantes.

³⁵ Rodrigo Estevan, M. (2010). Muerte y sociabilidad en Aragón (siglos XIV-XV). En J. Martín Cea, *Convivir en la edad media* (págs. 283-320). Burgos: Dosssoles, pág. 294.

oficio en el lugar, la urgencia de testar motivó que, en ocasiones, fuese el sacerdote, el encargado de recoger por escrito las últimas voluntades. Esta práctica no se perdió en la España rural hasta avanzado el siglo XX según constata Rafael Andolz; en Aragón, la validez legal de estas últimas voluntades quedó reflejada en la legislación foral con el denominado “testamento ante capellán” que arbitraba la manera de legalizar posteriormente ante notario el documento escrito por el sacerdote.³⁶

En el contexto de la agonía los estudiosos analizan las afectividades, servicios y sociabilidades que se manifestaban en torno al enfermo y que plasmaban sus relaciones familiares, vecinales, laborales y devocionales. La presencia de familiares y amigos ayudando al enfermo en sus cuidados corporales para que sus últimos momentos fuesen lo menos dolorosos posibles, se complementaba con la de confesores, párrocos y eclesiásticos de diversa índole que hacían acto de presencia, no solo para los actos clave como el viático y la extremaunción, sino también para realizar “lecturas sagradas y piadosas que guiasen sus pensamientos en el trance final en el paso de este mundo al otro”³⁷. Ciertamente es que este tipo de actos religiosos y devocionales se llevaron a cabo en el territorio aragonés, sobre todo en el ámbito rural, hasta fechas muy recientes.

No ha sido así en el mundo urbano donde la acelerada industrialización y urbanización ha roto desde hace décadas los lazos afectivos tradicionales y ha alejado a los individuos del propio hogar hasta el punto de que los momentos de agonía últimos se soportan en la actualidad, generalmente, fuera del ámbito del hogar y sin apenas sustrato afectivo familiar, debido a la práctica habitual de la hospitalización en los últimos momentos de la vida.³⁸ Ciertamente es que el acompañamiento y asistencia familiar continúa existiendo en la actualidad, pero el número de allegados implicado es mucho menor, y la presencia activa de amistades y eclesiásticos se ha reducido (a pesar de que todavía existen los capellanes hospitalarios), y la prioridad la marca la atención sanitaria, siendo los profesionales de este sector los más presentes en los últimos momentos de la vida de las personas hospitalizadas y de sus familiares. Aunque el apoyo psicológico y humano de los sanitarios es importante, la cercanía al enfermo y sus familiares más allegados es completamente distinta a la que secularmente han prestado amigos, vecinos y compañeros. Es, sencillamente el resultado de una sociedad que aleja la enfermedad y la muerte del hogar y la traslada a los centros sanitarios.³⁹

³⁶ Andolz Canela, R. (1995). *La muerte en Aragón*. Zaragoza: Mira: 12.

³⁷ Rodrigo 2010: 292

³⁸ Dirección General de Calidad y Atención al Usuario. (2015). *Los aragoneses ante el proceso de morir*. Departamento de Sanidad, Bienestar Social y Familia. Zaragoza: Gobierno de Aragón, pág. 32. Recoge información recogida por parte del Instituto Aragonés de Estadística y realiza una tabla sobre el lugar de defunción, donde da muestra de cómo más de la mitad de las defunciones en Aragón se producen en Centros hospitalarios, y cerca del 15% en Residencias, alejados del domicilio particular donde tan solo ronda el 23% de los casos. Aunque estas cifras aumenten en las zonas rurales de Huesca y Teruel, estas siguen siendo menores que las muertes en centros hospitalarios. (Tabla 1 de los Anexos)

³⁹ Encuestas realizadas a la población aragonesa por Dirección General de Calidad y Atención al Usuario. (2015). *Los aragoneses ante el proceso de morir*. Departamento de Sanidad, Bienestar Social y Familia. Zaragoza: Gobierno de Aragón, págs. 51-52. Demandan mayor atención sanitaria, y un trato por parte de sus profesionales con mayor sensibilidad y empatía. Así como profesionales consideran los servicios paliativos tanto en número como en horario insuficientes, ya sea en el ámbito hospitalario como en la labor asistencial en el hogar.

Esta situación cotidiana en nuestra sociedad es inconcebible en las sociedades medievales, incluso en las más urbanizadas porque, fuera del ámbito rural, las relaciones afectivas familiares y vecinales que se diluían con mayor facilidad, fueron sustituidas por otras nuevas como, por ejemplo, los vínculos laborales, parroquiales y devocionales.⁴⁰ Y no sólo los grupos familiares y eclesiásticos cumplían funciones sanitarias a nivel físico y espiritual, sino que un nuevo entorno social se integraba y participaba en este tipo de asistencia en la agonía, dando apoyo en muy distintos niveles al convaleciente que esperaba la muerte.

2. El momento de la defunción: el inicio de los rituales fúnebres

A partir de que se produce el óbito, se manifiestan las costumbres verdaderamente esenciales tanto en la época medieval como en la actualidad. Es el momento principal del conjunto de rituales sociales que provoca el fallecimiento de un ser querido.

El primer paso esencial de este proceso fue, como apunta María Luz Rodrigo, la constatación social y jurídica del óbito, realizada a través de cartas públicas de defunción.⁴¹ Esta tipología documental no es muy abundante y parece indicar que la costumbre de dar fe de la defunción quedó limitada a la muerte de determinados individuos más o menos acomodados e influyentes o a los fallecimientos que se produjeron en determinadas circunstancias y espacios.

En la generalidad de los casos —y así consta en algunos testamentos— durante los momentos posteriores al óbito tenían lugar las tareas de aseo del cadáver, que era lavado y perfumado con el propósito de minimizar los signos de enfermedad y con la intención simbólica de purificar el alma, aunque ésta ya hubiera abandonado al difunto.⁴² A continuación se realizaba el amortajamiento del cuerpo con un sudario o con otra indumentaria, si así había quedado expresado en el testamento, tal y como observa García Herrero: “se le viste con el hábito de una orden religiosa si lo ha pedido de esta manera”⁴³. La mayoría no dejaron por escrito en sus testamentos cómo deseaban ser amortajados debido a que los usos y costumbres más cotidianos eran de sobras conocidos por todos: amortajar con un lienzo. Sólo de manera excepcional, el testador indica su deseo en este sentido y las mortajas no habituales responden o bien a cuestiones devocionales o al deseo de resistirse al concepto de “muerte igualatoria” y buscar la distinción social más allá de la muerte, marcando la adscripción socioeconómica o laboral y queriendo conservar el estatus mantenido en vida. Ejemplos de ello son los eclesiásticos sepultados con sus vestimentas sagradas, el linaje real y la aristocracia revestidos con sus símbolos y un escaso porcentaje de grupos adinerados que se hicieron vestir con el hábito de órdenes

⁴⁰ Rodrigo 2010: 292. Los hermanos cofrades “se turnaban para visitar y acompañar al moribundo”, ya que “las corporaciones de oficio reglamentaron la presencia de y asistencia de sus asociados en casa del cofrade doliente”.

⁴¹ En su artículo Rodrigo (2010: 297-298) expone los distintos momentos en los que podía llevarse a cabo este tipo de documentos que “tomaban testimonio de familiares, clero, allegados y notario [...] que reconocen al difunto sin alma ya fuera en la casa, la iglesia o incluso en la fosa a punto de ser enterrado”.

⁴² Rodrigo 2002: 100.

⁴³ García 1984: 223; García Herrero y Falcón Pérez 2006: 169. Normalmente este tipo de trabajos eran realizados por mujeres que desarrollaron un papel fundamental en las etapas de la vida: “reciben a las criaturas cuando ingresan en la vida y adecentan los cadáveres cuando ésta les ha abandonado”.

mendicantes, en especial de San Francisco. En este mismo sentido se observa la elección de ser transportados y enterrados en ataúdes, cuyo uso se generalizó y dejó de ser privativo de los grupos acomodados a partir de mediados del siglo XV. La práctica habitual, según recogen las investigaciones sobre Aragón bajomedieval, fue que el cuerpo se trasladase envuelto en una alfombra o *catifa*

Todos estos hechos han cambiado en la actualidad de forma drástica, ya que ninguno de estos aspectos ha perdurado en el tiempo. En primer lugar, la constatación de la muerte es llevada a cabo por parte del médico forense en el hospital o en el lugar de la defunción, y ya no es la comunidad familiar o vecinal la que da testimonio ante notario. En segundo lugar, el lavado y preparado del cuerpo del difunto es llevado a cabo por parte de profesionales del sector funerario, que asean y dejan con aspecto visible el cuerpo para el siguiente paso que será el velatorio. Han quedado excluidos del proceso los familiares y allegados del difunto, alegando ante la sociedad la protección emocional frente a este fenómeno.⁴⁴ Quizá hasta la década de 1980 en el medio rural todavía se constata que los cuerpos de los difuntos eran arreglados y vestidos para el velatorio por mujeres de la familia o allegadas. Así lo atestigua Andolz señalando que hasta fechas muy recientes en zonas rurales no solo del territorio aragonés, que es en el cual nos centramos, se siguieron llevando a cabo este tipo de prácticas en el hogar y por parte de familiares; del mismo modo la creación de tanatorios ha modificado el espacio del velatorio⁴⁵.

Esto constata, de nuevo, el alejamiento de la muerte del entorno comunitario y social, enclaustrándolo en ámbitos determinados, escondido a ojos de la sociedad como un hecho traumático que es necesario superar cuanto antes con el menor dolor posible. El fenómeno actual contrasta con la exhibición pública típica de la época medieval, cuando tras la muerte se ponía en conocimiento de la forma lo más rápida posible a toda la comunidad el momento del óbito mediante el repique de campanas que “tocaban a muerto” e informaban del deceso, y que acompañaban con su sonido las exequias y honras fúnebres⁴⁶. Se trataba de congregar a la comunidad de familiares y allegados en torno al difunto de forma inmediata con el objetivo de honrarlo en su tránsito al Más Allá.⁴⁷ El sonido de las campanas también servía, según algunos canonistas, para alejar a los demonios durante la procesión fúnebre. En el mundo urbano, con el afán de distinción social, los repiques de las campanas tuvieron una significación más prosaica, pues pretendieron transmitir a toda la población la relevancia social del difunto y otorgar solemnidad a los funerales. Los toques de muerto siguen perviviendo hoy en las zonas rurales y en ciudades de pequeño tamaño como Teruel, donde en muchas parroquias de barrio se siguen tañendo las campanas ante la muerte de uno de sus feligreses.

⁴⁴ Zambrano González, J. (2016). “Cultura funeraria popular en España y su presencia historiográfica”. En J. Peinado Guzmán, y M. Rodríguez Miranda, *Meditaciones en torno a la devoción popular* (pp. 514-532). Córdoba: Asociación para la investigación de la Historia del Arte y el Patrimonio Cultural "Hurtado Izquierdo": 520.

⁴⁵ Andolz 1995: 23-26.

⁴⁶ Rodrigo 2002: 100

⁴⁷ Es un acto tan extendido que se da por sobreentendido en las mandas testamentarias, razón por la que no se ve reflejado en estas, sino en los albaranes de campaneros de las diferentes iglesias. García Herrero, 1984: 226.

2.1. El velatorio

Una vez avisada la comunidad de la defunción, y con el cadáver ya preparado, se iniciaba el velatorio. Es el acto solemne de mayor carga emocional de todo el ritual fúnebre que reúne a todos los individuos relacionados con el difunto y sus familiares, ya sean procedentes del vecindario, de la parroquia, del círculo de amistades, del ámbito laboral o de la cofradía devocional. El velatorio es un acto ritual verdaderamente destacado, no solo por el potente componente emocional y social que implica, sino porque es el que de forma más generalizada ha pervivido hasta la actualidad, en todo tipo de lugares y sociedades del Occidente europeo.

Durante el velatorio, el difunto permanecía sobre el lecho, el suelo o el ataúd, en una estancia iluminada con cirios. A su alrededor, se iniciaban las horas de vigilia en espera de la inhumación. Era el momento de honrar al difunto, y de reafirmar lazos familiares y vecinales y de amistad por medio de la realización de plegarias⁴⁸ en honor al difunto para facilitar el tránsito del alma hasta el Purgatorio.

Los velatorios se convierten también hoy en espacio de reunión familiar, donde toman fuerza los lazos de solidaridad entre los individuos de la comunidad y el fallecido, y se expresan similares afectividades que las que se expresaban en los velatorios medievales y de otros períodos históricos. Pero el tipo de ritual, al igual que el lugar de realización del mismo han cambiado. Se ha abandonando, en primer lugar, los actos litúrgicos y religiosos en torno al cadáver durante la reunión⁴⁹; en segundo lugar, el velatorio ya no se produce, salvo contadas excepciones, en la casa del difunto, trasladando todo el ceremonial a la funeraria, donde se han creado espacios artificiales de reunión en derredor del cuerpo en los que se muestran los lazos de solidaridad y las redes relacionales dentro de la comunidad y se acompaña a los familiares en el acto de despedida del difunto.

Antropólogos y sociólogos coinciden en señalar que este cambio espacial implica un trastorno en las relaciones socioafectivas mayor del que parece a simple vista. El abandono del hogar como lugar de reunión y el traslado a lugares alejados del hogar del difunto implica un alejamiento de la muerte del ámbito familiar y vecinal. Es un reflejo del cambio de percepción de la muerte que se pretende olvidar considerándola como un hecho aislado, desnaturalizando el hecho de morir y convirtiéndolo en un acto extraño y ajeno. El cambio de localización implica no sólo un trastorno en la forma del velatorio tradicional, sino que afecta de forma directa a los posteriores actos que, en otros momentos históricos como el medieval, se realizaban para honrar al muerto antes de su enterramiento.

⁴⁸ “Estas plegarias en la época medieval cada vez adquirirían mayor importancia dentro de este ritual, hasta convertirlo en una ceremonia eclesíástica que comenzaba en la casa y continuaba en la iglesia. Sustituían con letanías y plegarias, a los gritos de dolor y lamentaciones antiguos, aportando un aparato litúrgico más desarrollado.” Rodrigo 2002: 102

⁴⁹ Estos toman presencia en los velatorios a partir de la sacralización del primitivo naturalismo familiar y vecinal, que clericaliza la casa del difunto. Transformando desde mediados del siglo XIV un espacio de solidaridades laicas y privadas que era el velatorio en un momento sacro y marcado por los actos litúrgicos. Esto es una de las mejores muestras de la difusión efectiva del concepto de buena muerte y de los manuales de preparación. Rodrigo 2010: 300.

2.2. El cortejo fúnebre

El cortejo fúnebre fue uno de los actos de mayor movilización social durante la celebración de exequias funerarias en la Edad Media, destacando en las zonas rurales donde tanto el velatorio en el hogar como el propio cortejo pervivieron mayor tiempo, debido a que existe una relación directa entre la realización del velatorio en el hogar y los cortejos fúnebres. Estos cortejos, acompañados en todo momento del repicar de campanas se iniciaban en la casa del difunto una vez se había cumplido el tiempo del velatorio, por ende, una vez este se extrae del ámbito del hogar, el cortejo fúnebre desaparece. En palabras de María Luz Rodrigo: “El traslado del cuerpo hasta el lugar de inhumación concentraba un buen número de gestos y actitudes que marcaban la separación entre el finado y los vivos”.⁵⁰

Así mismo, este traslado también mostraba las relaciones e imbricaciones sociales del entorno del difunto. El cortejo partía desde la casa del finado hasta la iglesia, acompañado en la mayoría de las ocasiones por clérigos, familiares, allegados, cofrades y pobres que ayudan en el tránsito al Más Allá. A lo largo de los siglos bajomedievales, el ritual del cortejo fúnebre experimentó una evolución y progresivamente se sacralizó con la presencia del clero, al igual que sucedió con el velatorio. Poco a poco el ceremonial ordenado y eclesiástico fue sustituyendo a la “exaltación sentimental y emocional” de la tradicional muerte familiar, íntima y gestual⁵¹.

Este tipo de rituales en los que el clero se convirtió en partícipe y protagonista, reportó unos beneficios que causaron graves enfrentamientos, sobre todo entre el clero parroquial las órdenes mendicantes y las corporaciones de oficio.⁵² Al mismo tiempo estos cortejos procesionales de acompañamiento del difunto se convirtieron en un elemento de distinción social, aprovechado por parte de los más poderosos y adinerados miembros de la comunidad para perpetuar la posición social ocupada en vida y su preeminencia, incluyendo para ello elementos de exteriorización del status del fallecido en los espacios públicos⁵³. Elementos que requirieron de un importante desembolso económico para conseguir que participasen en estos desfiles fúnebre un importante número de personas —entre ellas un número elevado de pobres de solemnidad y de plañideras— en relación directa con la preeminencia social del difunto, con un claro tono propagandístico del linaje del difunto.

⁵⁰ Rodrigo 2002: 106.

⁵¹ Cabe destacar la figura de las plañideras, que nunca llegaron a desaparecer a pesar de ser condenada su presencia por parte de la Iglesia, perviviendo en prácticamente todo el territorio peninsular con diferentes nombres, y que cuanto mayor era su número y presencia, mayor estatus conferían a quien las contrataba. Indicio de estratificación social que pervive aún en nuestros días. Andolz 1995: 76-83; Rodrigo 2010: 308.

⁵² Hasta tal punto que se tuvo en ocasiones que regular el reparto de las ofrendas recibidas de los difuntos entre estos grupos. Como ejemplo de estos conflictos tenemos la intervención en la ciudad de Daroca del arzobispo Lope Fernández de Luna. Rodrigo 2002: 107.

⁵³ Responde a la idea de la “muerte espectáculo”, participando el mayor número de personas que el testador podía atraer con su dinero, emulando las exequias reales. Siguiendo un orden jerárquico en la procesión fúnebre, muestra de la codificación de este tipo de actos por parte de la sociedad medieval. No solo el dolor, llanto y gritos son claves de este tipo de actos, sino que se incluirá la indumentaria y el color que realizaban el teatro de la muerte. Rodrigo 2010: 309.

2.3. La misa de réquiem

Una vez llegaba el cuerpo a la parroquia o convento elegido para el enterramiento, se celebraba la misa de réquiem. Este ritual, por cuestiones de espacio, contaba con un menor número de participantes que el cortejo fúnebre, permitiendo únicamente la entrada a familiares, clero y los más allegados amigos y vecinos. Fuera de la iglesia quedaban las plañideras, los pobres y todos aquellos participantes contratados en el cortejo fúnebre para mostrar la preeminencia socioeconómica del difunto.

Este tipo de ceremonias religiosas han pervivido hasta la actualidad entre las familias creyentes. Sin embargo, muchas familias optan por la celebración de una ceremonia laica para despedir al difunto, ceremonia que se desmarca de todas estas tradiciones cuyo fin e interés último residía en elevar plegarias conjuntas que facilitasen el tránsito del alma al Más Allá. El hecho de seguir realizando una ceremonia de despedida en la mayoría de los entierros es una muestra de que el interés por estos rituales pervive más allá de su componente religioso. Se crea o no en la vida de ultratumba, estos ritos tienen un claro carácter de culto a los muertos y por ende a los antepasados, a los cuales se sigue recurriendo en busca de consuelo y sabiduría.⁵⁴

2.4. Comidas y refrigerios

Una vez terminados los ceremoniales eucarísticos se procedía al entierro del cuerpo en el espacio que el testador elegía en su testamento, aunque algunas últimas voluntades dejan esta elección a discreción de los ejecutores testamentarios. Pero antes de centrarnos en el lugar de enterramiento quiero poner de manifiesto un elemento destacable de la ritualidad funeraria medieval como son las comidas y refrigerios fúnebres. Estos al igual que el velatorio, buscaban reconstruir la cohesión grupal, convirtiéndose en un potente instrumento relacional en el día de la defunción y en otras conmemoraciones y recordatorios fúnebres que tenían lugar en los días siguientes e incluso en la celebración del “cabo de año” o aniversario de la defunción⁵⁵. Estos ágapes, de tradición secular en sociedades precristianas, se convirtieron en una práctica arraigada entre todos los estamentos sociales, reunidos para compartir los obsequios comestibles del difunto.

Los investigadores coinciden en señalar una triple función desarrollada por estas comidas y refrigerios: revelan el impacto de la muerte en la comunidad vecinal o social del difunto; consolidan la dimensión socio-religiosa de alimentar a pobres y menesterosos; y mantiene lazos de conexión que comprometen a vivos y muertos en un intento de favorecer la salvación del alma. El difunto, al disponer en vida estos refrigerios, tenía la idea de no querer sentirse solo el día de su óbito y los posteriores y con esta acción trataba de asegurar la presencia de clérigos, familiares y personas de toda índole que acudirían a su funeral para honrarle y orar por él recibiendo, como agradecimiento y pago

⁵⁴ Andolz 1995: 91.

⁵⁵ Rodrigo 2010: 312.

de su presencia, esta distribución de alimentos. Este ritual ha sobrevivido de forma muy residual hasta la actualidad en el mundo rural aragonés.⁵⁶

Estas comidas y refrigerios podían tener lugar en la calle, sobre la sepultura o en la iglesia. Los alimentos ofertados variaron en función de las costumbres locales⁵⁷ y las cantidades repartidas dependieron de la posición social del difunto y de su capacidad económica, siendo mayores cuanto mayor era su estatus socioeconómico. Sin embargo como muchos otros ritos, los ágapes han tenido, a lo largo de los siglos una destacada pervivencia en el entorno rural, mientras en el marco urbano ya desde mediados del siglo XV se detecta un abandono de este tipo de celebración alimenticia y su sustitución por una compensación a los asistentes de carácter económico —la entrega de una determinada cantidad de dinero en metálico—, debido según la profesora Rodrigo⁵⁸ a la injerencia de poderes públicos en el control de las celebraciones lúdicas y luctuosas familiares, y a la propia dinámica social urbana, que modeló otras actitudes y gestos y que optó por sustituir los yantares y refrigerios fúnebres por el reparto de dinero en metálico al clero, a los pobres y a otros colectivos participantes en la exequias fúnebres.

El alcance de estas prácticas en la actualidad es prácticamente nulo en el mundo urbano, conservando estas tradiciones sólo las zonas rurales, de forma restringida a unos pocos ámbitos del territorio peninsular y aragonés. No sucede así en el ámbito hispanoamericano donde la colonización llevó este tipo de costumbres de tradición medieval europea, destacando sobre el resto el caso mexicano, donde los días previos al “día de difuntos” se preparan sofisticados altares, con la idea de banquete funerario muy presente, al disponer comida que gustaba al difunto en vida. También en la festividad de Halloween quedan restos de este tipo de tradiciones, pero que han sido desvirtuadas completamente como un producto comercial americano⁵⁹.

3. La inhumación del cuerpo: los espacios de enterramiento

Retomando la cuestión del lugar del enterramiento, la inhumación se realizaba donde hubiera dispuesto el difunto en sus mandas testamentarias y, de no especificarse nada, donde la familia o más allegados al difunto dispusieran. La elección recayó habitualmente en el cementerio parroquial. Pero en ocasiones, determinado principalmente por motivos devocionales y por el prestigio alcanzado por las órdenes mendicantes a fines del Medievo frente al mundanal clero secular, se prefirió como lugar de enterramiento los conventos

⁵⁶ Se denotan actos de reparto de pastas, dulces, pan, queso y licores entre otras cosas entre los asistentes a los actos litúrgicos y funerarios, que permite afianzar las relaciones sociales y sirve como elemento de agradecimiento de los familiares por la compañía. (Andolz 1995: 102)

⁵⁷ Andolz (1995: 102 y ss) señala las pervivencias de estos yantares en diversos territorios peninsulares en los que la costumbre marca los alimentos que se consumen: En Asturias se pone de comer y beber a todos los concurrentes según su clase y condición, al igual que llevan vino y pastas a camposanto para repartir entre los asistentes. En Andalucía la noche del velatorio se montaba juerga en la casa del difunto, llegando en ocasiones incluso a bailar y cantar en según qué tipo de velatorios, principalmente los infantiles, buscando con ello enfrentar la muerte a la vida, por medio de estos ritos que celebran precisamente la vida. En Aragón se realiza en general un festín en el hogar del difunto tras el entierro, compuesto de no más de 4 platos calientes, tomando sobre todo cosas negras en honor al luto, aunque hay algunas excepciones como en La Almolda (Zaragoza), que solían hacer comidas sobre las tumbas o junto a ellas.

⁵⁸ Rodrigo 2002: 120.

⁵⁹ Zambrano 2016: 527.

de determinadas órdenes religiosas, en especial los recintos franciscanos. Siempre con la intención de favorecer lo máximo posible al alma en su tránsito al otro mundo. ¿Por qué resultaba prioritario para muchos testadores precisar la ubicación de su sepultura? El lugar de enterramiento se convirtió en un aspecto fundamental debido a la arraigada creencia en los siglos medievales de que cuerpo y alma volverían a unirse tras la resurrección de la carne, al final de los tiempos.⁶⁰ Esto implicaba más problemas de lo que podía parecer a simple vista, pues se genera un enorme temor por tener una sepultura cristiana en el lugar más adecuado donde resucitar cuerpo y alma, eligiendo en la mayoría de los casos estar cerca de aquellos que compartieron su existencia y a quienes quisieron en vida, con la idea de permanecer a su lado cuando se produjera la resurrección de los cuerpos, así como la tranquilidad de que la sepultura no caería en el olvido de los descendientes.

Las disposiciones en torno a la sepultura fueron más allá de las aspiraciones de resurrección del cuerpo y alma, y de sus beneficios eclesiásticos y religiosos de intercesión por el alma del difunto en la otra vida. A partir principalmente del siglo XV se creó un enorme negocio en torno a las sepulturas propiciado por la Iglesia, ya que los grupos más adinerados y poderosos socioeconómicamente tuvieron un enorme interés en mostrar esa preeminencia social que habían mantenido en vida más allá de la muerte. Este interés en demostrar y externalizar la posición social y condición que se había ostentado en vida se concretó en banquetes y cortejos, pero sobre todo en la elección del lugar de sepultura —muchas veces en el interior de iglesias, en claustros monásticos— y en la construcción de monumentos funerarios que individualizasen las tumbas. Todas las narrativas literarias en torno a la muerte igualitaria en nada trascendieron en una sociedad en la que las desigualdades se mantuvieron tras la muerte. El miedo, ampliamente extendido durante el periodo medieval, a caer en el anonimato tras la muerte, a la pérdida de identidad del difunto y a desubicarlo de su adscripción social y por ende política y económica, motivó la construcción de capillas funerarias y de tumbas en el interior de iglesias, monasterios y catedrales⁶¹.

Así pues, las investigaciones constatan una gran diferenciación del lugar de sepultura elegido por los testadores o adjudicado a los difuntos. Mientras la mayoría escogieron el fosal de la iglesia en la que habían desarrollado su vida religiosa, y donde solían estar sus familiares, una minoría pudiente y de gran prestigio social seleccionó lugares específicos de sepultura en el interior de las iglesias. Esta costumbre, que iba en contra de las normas eclesiásticas, generó un importante negocio para la Iglesia consistente en la venta de permisos para realizar inhumaciones en el interior de los templos. Otros, en muchos casos burgueses y artesanos de clases medias optaron por elegir como sepultura algún espacio en el interior de los monasterios,⁶² especialmente los de San Francisco al ser considerados

⁶⁰ Rodrigo 2010: 314.

⁶¹ La pertenencia a un determinado grupo social definía el resto de tu vida, por ende, la pervivencia del linaje y de sus derechos dentro de un grupo social determinado se volvió fundamental dentro de la mentalidad medieval temerosa de perder la posición que les pertenece por nacimiento. Y para ello surge toda una extensa parafernalia que denota la posición social del individuo en vida, con idea de perpetuarse en el tiempo tanto su figura como la de su linaje. Rabazo 2009: 240.

⁶² Implicó la merma de los ingresos de las parroquias a las que pertenecían los feligreses difuntos, al perder el párroco la importante contribución que suponían sus derechos del *sacerdos proprius* (presidir los funerales, e inhumar en su parroquia a sus feligreses), llevando la discusión hasta sínodos y concilios, donde se estipuló una tasa conocida como *cuarta funeraria*, compensación económica que debía hacer el

buenos intermediarios entre Dios y los hombres; en estos casos, por encima de las relaciones familiares y parroquiales primaron las devociones personales y, evidentemente, la capacidad económica.

Una vez seleccionada la parroquia, o monasterio como lugar de enterramiento, fue habitual determinar el lugar preciso que iba a ocupar el cuerpo del difunto. Tres son los motivos que, según los testamento, marcaron la ubicación final de las tumbas.⁶³ Primero los vínculos afectivos (señalados en las disposiciones testamentarias en el entorno urbano, mientras en el rural se daba por sentado, como una obviedad); en segundo lugar, las devociones personales, con gran influencia a la hora de elegir capillas, altares o imágenes cercanas para alcanzar con ello antes el paraíso, recurso reservado solo a las élites económicas que pudieran financiar este tipo de sepulcros dentro de la Iglesia. El tercer motivo sería pues la jerarquización social y la muestra de preeminencia social, que implicó la jerarquización del espacio sagrado, por medio de la disposición del sepulcro dentro de la Iglesia, la suntuosidad y riqueza de las lápidas y sepulcros, con tendencia a individualizar la propia sepultura del resto, muestra de las desigualdades sociales que mantenidas en vida se perpetúan también tras la muerte. En contraste con estos encontramos los cementerios parroquiales y sus fosas comunes, como muestra de la desigualdad social que pervive tras el momento del óbito.

Sin embargo, igual que en muchas ocasiones se buscaba mostrar las desigualdades sociales y la jerarquía mantenida en vida como muestra de un legado, memoria y tradiciones familiares que se pretendían preservar con el paso de los años incluso después de la llegada de la muerte, otros grupos buscaban asegurarse la salvación de su alma por medio de obras piadosas y de una caridad con respecto a los más desfavorecidos de la sociedad, constituyendo uno de los mejores métodos para ello el pago de sepulturas a aquellos que por condición económica no podían permitírselo, ya que era un paso clave para la salvación del alma⁶⁴, y nada acercaba más al cielo que ayudar a otros a conseguirlo. Solidaridad con los más necesitados de la que en muchas ocasiones harían gala las corporaciones de oficio y cofradías con aquellos dentro de su ámbito relacional más cercano, realizando este tipo de labores benéficas con aquellos compañeros con recursos insuficientes para pagar sus cuidados médicos, la mortaja o el propio entierro o sepultura. Pero que en muchas ocasiones fracasaba en su puesta en práctica, ya que esta ayuda asistencial entre cofrades se estipuló de forma obligatoria, y no se consolidó de forma espontánea, dando lugar a múltiples inconvenientes por falta de pago de los hermanos cofrades que se negaban a pagar las cuotas, ya que la relación que les unía es de carácter contractual y ya no reside en el parentesco o en los afectos vecinales.

feligrés a su parroquia si seleccionaba otro lugar para su sepultura. Esto implicaba un mayor gasto y, por ende, restringía esta posibilidad a aquellos con una mayor capacidad económica. Rodrigo 2002: 82.

⁶³ El trabajo ya clásico de Orlandis (1950) es una buena muestra de las interpretaciones, aunque algunas ya desbancadas por la historiografía más reciente, de cómo pudieron ser los enterramientos en esta época de forma analítica y razonada. Por otro lado, el trabajo de Bango (1992) presenta un estudio sobre la disposición de las sepulturas dentro de las parroquias desde una perspectiva arquitectónica y artística que permiten observar las formas de ostentación social utilizadas en la época. Para Aragón, seguimos en esta cuestión a Rodrigo 2002: 87-97

⁶⁴ Rodrigo 2010: 306; García Herrero, 1984: 219: “Ser enterrado cristianamente es una aspiración social natural y precisa, lo contrario constituye una ofensa a Dios que amenaza la suerte del alma”.

La falta de una posición socioeconómica acomodada y suficiente para realizar ostentosos entierros y sepulturas obligó a muchos a buscar otras formas de mantener su recuerdo vivo entre sus más allegados, atrayendo el recuerdo y rezos de los vivos a sus tumbas. Desde las relaciones familiares, parroquiales o devocionales, así como la entrega de todos sus bienes a un convento que los acogiera en calidad de “donado” para salvaguardar su tránsito espiritual.

Entramado de creencias sobre el lugar de enterramiento del cual no encontramos un correlato en la época actual, debido al proceso de racionalización del espacio de enterramiento, y de los sistemas de enterramiento. Iniciado el primero por parte de los poderes municipales, obligados por orden estatal, y no tanto por parte de la institución eclesiástica, que obligaron a trasladar los cementerios fuera de los límites del poblamiento, rompiendo este sistema de selección del mejor lugar de entierro para alcanzar el cielo. Proceso que no se dio en el territorio español hasta la segunda mitad del siglo XIX, y que no afectó a las zonas rurales hasta bien entrado el siglo XX, denotando el fuerte arraigo en las costumbres y creencias de la sociedad española. Además, estos achacaban una absoluta ausencia de un espacio dentro de los mismos para aquellos no creyentes, o que no profesaran la fe católica, encontrando enormes dificultades para enterrar a sus familiares estos individuos, no encontrando una solución hasta el traspaso de gestión de estos cementerios a los gobiernos municipales y civiles, acelerando el proceso racionalizador de estos espacios que traerá consigo un igualamiento en los modelos de enterramiento, desapareciendo las grandes construcciones y ostentaciones de poder por medio de mausoleos particulares, industrializando hasta las últimas instancias la sociedad, dando lugar al entierro por nichos.

Esta imperiosa necesidad de racionalizar la muerte y alejarla de la población, llevó al cambio de las percepciones de los lugares de enterramiento, iniciando a partir de ahí la rápida extensión de sistemas diferentes de tratamiento del cuerpo, siguiendo un ideal de volver a los inicios con prácticas clásicas como la incineración⁶⁵. Esta extensión se dió de forma más tardía en España que en el resto del continente, debido a la arraigada creencia en la resurrección del cuerpo y alma el día del Juicio Final, razón por la que debía ser preservado ese cuerpo de forma incorrupta, manteniendo la práctica del embalsamamiento hasta finales del siglo XX.⁶⁶ Pese a lo tardío de la inclusión de la cremación en el ámbito peninsular, la extensión de este fenómeno ha sido implacable y cada día más acelerada, hasta el punto de superar a la inhumación en los últimos años.⁶⁷

⁶⁵ Zambrano 2016: 518-519.

⁶⁶ Lauwers, 2003: 585. La práctica de embalsamar a los cadáveres se extenderá a partir del siglo XIII debido a la promoción del papa Bonifacio VIII, con la intención de acabar con la “horrible costumbre” del desmembramiento de cadáveres, que era realizado para depositar distintas partes del cuerpo en diversos santuarios como instrumentos de devoción personal.

⁶⁷ Los datos aportados por las estadísticas de la NFDA. (2019). *Informe de Cremación y Entierro de la NFDA de 2018*. Brookfield: National Funeral Directors Association: que, a pesar de estar centrados en Estados Unidos, y los países asociados a dicha federación entre los que se encuentra España, nos aportan una buena muestra de cómo ha evolucionado la cremación como la opción más solicitada, con previsiones de aumentar su uso en las próximas décadas.

4. Tras la muerte y el entierro del difunto: mandas piadosas y obras meritorias

Por último, nos acercamos a uno de los elementos más destacables de las tradiciones medievales respecto a la muerte, y que ocupó un papel fundamental en las mandas testamentarias hasta bien avanzada la Edad Moderna. Las mandas piadosas y las obras meritorias constituyeron uno de los elementos clave para la salvación del alma. Su desarrollo supuso un enorme negocio para la Iglesia medieval y algunos estudiosos se refieren a este fenómeno como la “economía de la salvación”, ya que todas mandas iban encaminadas a alcanzar la salvación en la medida que el modo de vida del difunto lo precisase.

Las mandas piadosas tuvieron como fin acumular méritos que permitiesen inclinar la balanza a favor del alma. En su variada tipología, las hubo que ayudaron al alma de forma directa y otras que repercutieron al alma de manera indirecta, a través del beneficio proporcionado a diversas personas o instituciones, mediante la caridad con terceros. Hay pues una diferenciación entre estas, pero para poder comprenderlas hay que analizarlas en conjunto. A nivel general, en todo el Occidente cristiano encontramos tres pilares o puntos fundamentales hacia donde convergen las disposiciones piadosas: misas, iluminación y oblada. Destacando las misas como remedio más poderoso para salvaguardar el alma y facilitar su camino a la Gloria.⁶⁸ Mostrándose presentes en todos los testamentos de la época, haciendo encargos para uno mismo o los parientes y fieles difuntos más allegados. Llegando a darse ejemplo de personas que no solicitan misas por su alma, sino por las de sus familiares.

4.1. Los encargos de misas

En la mentalidad medieval se convierte en un instrumento de salvación esencial, donde por medio de la colaboración de los vivos en la redención de las almas de aquellos que no accedían directamente al cielo, y se encontraban en el purgatorio. Tal llega a ser su importancia que se establecen cláusulas detalladas de los otorgantes en sus testamentos del número y forma de las misas que se harían en su honor tras el momento del óbito. Estos detalles del encargo de misas son de remarcada importancia, ya que se mantiene la consideración establecida por Chiffolleau⁶⁹ de que existen distintas etapas tras la muerte que se van superando progresivamente, siendo fundamental la realización de un determinado tipo de misas en momentos concretos de ese tránsito al Más Allá.

Todas estas mandas piadosas donde las misas toman un papel protagonista vienen definidas por dos lógicas, una de repetición, en un tiempo dado (Las más destacadas son las del día de defunción, novena, cabo de novena y cabo de año) o a perpetuidad (capellanías y aniversarios); y una lógica acumulativa, consistente en concentrar en los días que siguen al fallecimiento el mayor número posible de misas.⁷⁰ Con ello se pretende, en la medida de lo posible, abreviar la duración de las penas del alma en el tránsito al mundo de ultratumba. Buscando celebrar un alto número de misas el día del óbito, todas

⁶⁸ García 1984: 224; Gómez Nieto, 1991: 355: “Instrumento salvador esencial, capaz de hacer beneficiarse a los vivos y muertos de los méritos acumulados por el sacrificio divino renovado sobre el altar, base consistente para poner en relación el mundo de los vivos con el de los muertos”.

⁶⁹ Chiffolleau 1980; Rodrigo 2002: 123.

⁷⁰ Gómez 1991: 355.

y cuantas se pudieran por cuestiones materiales, aunque en ocasiones se daban situaciones de encargos con números elevados, e incluso desorbitados, indicativo no de mayor devoción y religiosidad del testador, sino de capacidad económica y posición social. Buscan comprar el perdón y la gloria por medio del gasto de grandes sumas de dinero en misas y obras pías, convirtiendo este tipo de instrumentos en un privilegio de clase que será imitado por los menos pudientes, con la celebración de misas en los días más destacados, como el del óbito, la novena y el cabo de año⁷¹. Ambas lógicas se verán interrelacionadas y coexistirán en las mandas testamentarias, pero responden a creencias y principios muy distintos, pues la repetición reposa sobre el manifiesto deseo del testador de que su alma sea aliviada eternamente, hasta el final de los tiempos (en los casos de las capellanías) merced a la reiteración del sacrificio eucarístico; mientras la lógica acumulativa se ocupaba de socorrer al alma en su primer tránsito cuando se da el juicio individual al que es sometido el difunto nada más producirse el óbito⁷².

La misa mayor de réquiem realizada el día de la defunción viene a constituir el acto principal de los funerales, y son las más importantes de todas las realizadas, ya que todas las oraciones que se producen durante estos actos se llevan a cabo con una intención intercesora por el difunto concreto que ha fallecido. Tras el entierro se realizarán, siguiendo la lógica de repetición, una serie de oraciones, ofrendas, letanías y responsos sobre la sepultura del difunto en los días claves. Estos días varían ligeramente dentro del espacio aragonés y europeo, surgiendo tradiciones de carácter espacial o devocional. Lo más habitual era la celebración el día de la defunción y entierro, las del tercer día, y le siguen las misas de novena (oraciones hasta el noveno día después de la defunción) que se solían dividir en un solo día o repartirlas en tres, en función de cómo lo decidieran los albaceas testamentarios. Así como los Treintenarios (treinta misas), muy difundidos y más asequibles que las misas perpetuas o los anuales. Finalmente se daba la misa de cabo de año, que recuperaba el entusiasmo e intensidad especial que se daba en los días posteriores al óbito, mientras que se celebraba de forma más sosegada durante las misas por el difunto celebradas a lo largo del año.

El tipo de misas solicitadas, el sistema de repetición, y la invocación dentro de las mismas se apoya en función de la religiosidad popular y la liturgia, otorgando un enorme valor a los símbolos y números propiciatorios que se agrupaban por ciclos. Siendo los más destacados dentro del ámbito aragonés las invocaciones por medio de estos números las siguientes: La Santísima Trinidad (tres misas); Las cinco llagas de Cristo en la Cruz (cinco misas); Los siete Gozos de la Virgen (siete misas); A San Francisco (tres o treinta misas), siendo además muy habituales a los 12 apóstoles (doce misas) o las trece misas en honor a Santa Catalina. Pero dejando las devociones particulares de algunos sujetos, encontramos una invocación que supera en este ámbito y la generalidad cristiana a todas las demás, la de San Amador. Bajo su protección se celebran treinta misas (treintario), y su labor intercesora y de abogacía es apreciada por todas clases sociales. Tanto es así que sirve para los menos pudientes como sustitución en caso de no poder permitirse un año de misas de réquiem, pero que sí pueden aspirar al encargo de un mes de misas, ya que la creencia en su efectividad estaba hondamente arraigada. (García 1984: 229-230)

⁷¹ Rodrigo 2002: 125-126.

⁷² García Herrero 1989: 100.

Uno de los fenómenos sin lugar a duda más destacables, y que mejor ejemplifica este sistema repetitivo de misas es el desarrollo de las capellanías. Estas surgirán a raíz de esta dinámica de encargos masivos de misas con la intención manifiesta de reducir las penas y el tiempo de penitencia del purgatorio. Estas consistían en el pago de unas rentas perpetuas por parte de la familia, o la cesión de unos terrenos a una institución eclesiástica a cambio del rezo de un número determinado de misas al año durante un periodo de tiempo enormemente alargado, incluso a perpetuidad hasta el Juicio Final. Esto será clave para el surgimiento de un enorme entramado económico en base a la salvación del alma que quedará monopolizado por la Iglesia.

Así pues, los testadores aragoneses de este periodo se aseguran el máximo de misas posibles dentro de sus posibilidades económicas, y realizan una serie de misas concretas en momentos fundamentales del año, en función de la devoción de cada testador como hemos podido ir viendo se seleccionaban una serie de instrumentos intercesores concretos demostrados a través del número de misas realizadas en momentos concretos. De esta forma se da una convergencia de lo repetitivo y lo acumulativo, que parten de la extendida idea de una antecámara de la eternidad donde se purgan los pecados, subyaciendo en la propia creencia del purgatorio la utilización de misas acumuladas en un tiempo dado.⁷³

Sin embargo, poco de este imaginario colectivo ha llegado hasta nuestros días, debido al proceso secularizador de la sociedad llevado a cabo por parte de las sociedades occidentales desde el siglo XVIII. La intercesión del alma fue abandonada por el mundo protestante ya desde las propias consideraciones de Lutero, que criticaba el enorme negocio que la Iglesia había fundamentado en torno a la salvación, suponiendo una ruptura muy nítida con los ritos católicos.⁷⁴ Fenómeno de disociación entre el mundo de los vivos y los muertos que se extenderá por los países europeos, lo cual supuso el abandono de las creencias en el sistema acumulativo y repetitivo de misas con el objetivo de la salvación del alma. Pese a que la doctrina eclesiástica sigue defendiendo la existencia del purgatorio, el cambio radical de las preocupaciones de la sociedad actual respecto del más allá se mostrará presente en estos aspectos, ya que se abandonará esa sistémica preocupación por asegurar la salvación por medio de un complejo sistema de misas, que sin embargo se muestra presente aunque en una escala ínfima en la sociedad actual, por medio de la realización de una misa de réquiem el día del funeral, así como otras en los aniversarios de dicho día, o en el día de difuntos, sin llegar en ningún momento a mostrar la magnitud del sistema de encargo de misas que se había generado en la época bajomedieval para la salvación del alma.

Esto se debe no solo a un cambio en las preocupaciones y prioridades de la sociedad en el tiempo actual, sino que las motivaciones para la realización de celebraciones litúrgicas que se han preservado en el tiempo dentro de la cristiandad no son tanto por cuestiones intercesoras o redentoras del alma en el más allá, como un medio de conmemoración de la vida de los difuntos, y de recuerdo de su figura por parte de la comunidad a la que pertenecía, razón por la que son encargadas por los familiares una vez la persona muere sin que esta lo haya dejado encargado, como sí hacían los medievales.

⁷³ Gómez 1991.

⁷⁴ Lauwers 2003.

4.2. Ofrendas de vino, pan y luz

Elementos imprescindibles del ritual fúnebre tardo-medieval, aportando candela, vino y oblada, a cargo del difunto, para la iglesia de la parroquia o monasterio en donde reposa el cadáver. Productos que, entregados en el ofertorio, resultan esenciales para el correcto desarrollo de la liturgia y del resto de actos religiosos de las exequias. Estos consistían en ciertas cantidades de pan, cera y vino⁷⁵ Mencionado por la mayoría de testadores sin importar su grupo social de pertenencia, y que venía a establecer una relación entre el número de misas encargadas y de clérigos contratados.

Estas ofrendas fueron llevadas a la iglesia en el día del entierro y aquellos en que se celebraba una misa en honor al difunto, ya que se realizan en beneficio del alma del testador, algún familiar o allegado o de todos los difuntos en general. Así como su presencia y cantidad se determinaron en función de unos factores muy específicos, como la costumbre de la localidad⁷⁶, posibilidades económicas del otorgante y la confianza del testador en la eficacia de este medio. Realizado habitualmente por mujeres parientes del difunto, designadas principalmente por los albaceas, o por el propio difunto en el testamento, a cambio de una compensación económica.

Las obladas, elemento alimenticio entregado al cura, al igual que el vino, con el objetivo como ya hemos dicho de llevar a cabo la liturgia y eucaristía, pero con respecto a las ofrendas relacionadas con la iluminación, esta muestra un significado simbólico que posee la propia luz, que refleja, además, la fuerza social del difunto y de su familia, convirtiéndolo en uno de los mayores gastos en este tipo de exequias⁷⁷. La importancia de este tipo de ofrendas queda reflejada por su pervivencia en el marco rural de un amplio espacio geográfico aragonés, donde por tradición se ha transmitido de una generación a otra, pero que, sin embargo, ha decaído desde el final del pasado siglo, encontrando apenas muestras de este tipo de rituales que no pueden compararse a la espectacularidad de años atrás, que poco a poco fue siendo sustituida por el pago de determinadas tasas monetarias a la parroquia que oficiara las exequias funerarias, que variaban en función de cada localidad y de la complejidad de los emolumentos de cada funeral. Llegando a nuestros días tan solo vestigios de este tipo de fenómenos en las zonas rurales⁷⁸.

4.3 Obras meritorias

El poder intercesor de la limosna es aceptado de forma general para el cuidado del alma. Estas quedan instituidas con el nombre de “obras meritorias” en los legados de los difuntos, cuyos destinatarios muestran el sentido que se tenía de la caridad durante este periodo. En su mayoría se encaminaron al auxilio de la pobreza, encontrando cuatro

⁷⁵ No es mencionado en los testamentos de zonas determinadas, como apunta García Herrero (1984): “En Zaragoza no hemos encontrado mención en los testamentos. Debido seguramente a que su compra era tan habitual que no fuera necesario puntualizarla”.

⁷⁶ García Herrero, 1989: 89-120. Muestra las ofrendas características de la zona de Calatayud y su entorno geográfico, donde su pujanza olivera dio un protagonismo esencial al aceite en las mandas piadosas, llegando a forjar lo que la autora llama la “piadosa ruta del óleo”.

⁷⁷ García 1984: 232.

⁷⁸ Andolz 1995: 95-102.

grandes grupos de beneficiarios: lo pobres, huérfanos, los hospitales y los grupos marginales.

Pero en primer lugar todos los feligreses intentaban, en la medida de sus posibilidades, colaborar en el mantenimiento de las iglesias, los servicios culturales que se realizaban en ellas, o en la construcción o reforma de diversos elementos de los edificios religiosos (retablos, torres, y capillas entre otros). Los mayores y más ostentosos legados y limosnas realizados a estas instituciones serían las obras de acondicionamiento de capillas, retablos, imágenes, etc. y serían una muestra no solo de profunda religiosidad y devoción a un santo o santa concreto, sino de un estatus social y reconocimiento individual que se intentaba prolongar a través de estas imágenes.

Volviendo a las anteriores limosnas, encontramos en ellas no solo un recurso para la salvación marcado y definido por la costumbre, sino una iniciativa de carácter personal y privado que buscan por medio de estas encauzarlas para ayudar de forma efectiva a los sectores marginales del entorno más cercano, ante la insuficiente respuesta de concejos y, en general, del poder civil. Los auxilios a los pobres, huérfanos y marginales serán en forma de alimento, ropa o sepultura, ya que eran consideradas estas las necesidades básicas que precisaban estos grupos, a cambio de lo cual esperaban los testadores la intercesión de estos por el alma del difunto. Así como se podía entregar dinero en efectivo entre los pobres más cercanos, “esperando que cada uno lo utilice para subsanar sus aprietos más urgentes” (García 1984: 234). Mientras por otra parte las ayudas a hospitales, concebidos como centros asistenciales que atendían a menesterosos y enfermos sin recursos, fue fundamental para su sustento y para poder realizar su función de acogida y asistencia, donando para ello dinero, ropas, alimentos o inmuebles. La ayuda a estas instituciones tiene un claro fervor y generalización debido a que combinan simultáneamente el auxilio a la enfermedad y la pobreza.

Toda esta tradición de reparto de limosnas tras el momento del óbito, encargado por los testadores a sus albaceas testamentarios encuentra un claro objetivo de establecer una red de solidaridades entre el otorgante y la comunidad que se beneficiaba de ello, a cambio de su intercesión en su tránsito al Más Allá. Así como contribuyen a reafirmar un sistema de relaciones jerarquizado que viene a perpetuar el orden social vigente. Esto es clave para entender los motivos que han llevado a abandonar este tipo de prácticas entre el común de la sociedad, quedando relegadas a un reducido número de obras filantrópicas llevadas a cabo por figuras de alto poder económico, como muestra de su poder, y para alcanzar una consideración social favorable a su figura a través de sus legados caritativos a la comunidad. Por otro lado, la asunción del estado y los poderes civiles de la administración de instituciones para la protección social de los grupos más desfavorecidos y marginales hace que se considere innecesario este tipo de limosnas individuales y de carácter privado.

III. CONCLUSIÓN

Surgida como una de las ramas de mayor interés de la llamada Historia de las Mentalidades, la historia de la muerte se configura como una de las líneas de investigación con mayor producción historiográfica de las últimas décadas. En la actualidad sigue atrayendo a un amplio abanico de investigadores de muy diversas disciplinas científicas que consideran que el estudio de la muerte en diferentes contextos espaciales y temporales puede aportar datos y reflexiones significativas para el estudio de las sociedades pretéritas y actuales. Desde la perspectiva histórica, la muerte como objeto de estudio cuenta con una importante base documental —archivística, narrativa, iconográfica, arqueológica, arquitectónica...—, que precisan de una metodología específica para su lectura e interpretación y que requieren de estudios en los que converjan diferentes perspectivas y disciplinas. De este modo se podrá continuar avanzando en el conocimiento de las sociedades de cada momento histórico a través de sus construcciones mentales y su vivencia de la muerte y de lo macabro, de sus creencias y rituales funerarios y, sobre todo, a través de sus diversas actitudes, percepciones, emociones y sensibilidades ante el insoslayable fenómeno de la muerte.

El interés por lo fúnebre y lo macabro en el ámbito investigador viene dado por la preocupación de buena parte de historiadores, sociólogos, antropólogos y psicólogos que perciben cómo en nuestra sociedad estos temas han sido alejados, escondidos y tratados como un tabú incómodo, repulsivo incluso, del que no es conveniente hablar ni expresarse. Una huida de la muerte que no se puede atribuir a una indiferencia absoluta hacia los muertos, sino todo lo contrario, tal y como señaló Ariès (2000): a pesar de que en el ámbito público el luto ha desaparecido y la pena ha sido reprimida, en el ámbito privado y personal cada individuo se ve obligado a sufrir en soledad y a escondidas la muerte ajena y a pensar en silencio su propia muerte.

Frente a esta vivencia actual de sufrimiento y dolor ante la muerte ajena y la propia muerte, los siglos medievales, mediatizados por el cristianismo oficial pero también por la religiosidad popular, desarrollaron mecanismos para soportar cotidianamente la presencia de la muerte y de lo macabro, para “vivir” la muerte propia y ajena de una manera difícilmente comprensible por la sociedad actual: es la muerte vencida, superada mediante creencias y prácticas rituales, mediante disposiciones testamentarias y preparativos funerarios que implicaron al conjunto de la sociedad medieval.

Los rituales fúnebres no deben ser entendidos como simples escenificaciones de lo macabro, sino como un instrumento social que consuela a los individuos a la hora de asimilar su propio destino y coadyuva a superar la pérdida de un ser querido. Partiendo del temor cristiano al Más Allá, a las penas del purgatorio y al Juicio Final, surgió la necesidad de prepararse para bien morir y de garantizar el mejor destino para el cuerpo y el alma del difunto. De esta necesidad se desarrollaron y conformaron una serie de tradiciones y costumbres fúnebres que, a pesar de sus especificidades regionales, se extendieron por todo el Occidente medieval cristiano y algunas de sus huellas perviven hasta nuestros días.

Prepararse para morir significó, tanto en el Aragón bajomedieval como en otros contextos espaciotemporales, poner por escrito a través de las diversas cláusulas testamentarias los deseos del testador más allá de su propia muerte. Pero en la sociedad aragonesa, el testamento se convirtió, más que en otras sociedades coetáneas, en la clave que permitió la asunción de la propia muerte y aseguró a los vivos el mejor tránsito posible al Más Allá, cada cual, en la medida de sus posibilidades, de acuerdo a su estatus socioeconómico y a sus devociones más íntimas. La práctica testamentaria se extendió a todos los grupos sociales mediante tipologías documentales propias —testamentos mancomunados y ante capellán— consolidando una tradición notarial y testamentaria que pervive en la actualidad en el ámbito aragonés de una forma más pronunciada que en otros territorios.

En los testamentos medievales encontramos reflejados los miedos, las esperanzas individuales, así como todos y cada uno de los rituales fúnebres, unas ocasiones más detallados que otras, para el cuidado del alma en el tránsito al Más Allá. Por ello, partiendo de estos documentos, los medievalistas han logrado estudiar y analizar las actitudes y ritos en torno a la muerte y sus evoluciones en los siglos bajomedievales.

Preparar la muerte resultó esencial para lograr una buena muerte en compañía de la familia y en el propio hogar. Una buena muerte que se convertía en un largo proceso iniciado en muchas ocasiones con la redacción del testamento que recogía en sus cláusulas la voluntad firme de saldar las posibles deudas y reparar las malas acciones cometidas a lo largo de la vida y en el que se disponía lo necesario para el descanso del cuerpo y el buen tránsito del alma. También el período de agonía permitía prepararse para bien morir en compañía de los seres más allegados. El acompañamiento en la agonía y en la muerte se convirtió en una parte fundamental del ritual mortuario que se iniciaba con la notificación de la defunción a la comunidad para que participase en el velatorio, un momento de sociabilidad que, evolucionado, ha pervivido hasta la actualidad.

El ritual continuaba con el acompañamiento del difunto desde su casa hasta la iglesia y el lugar de enterramiento. Los cortejos fúnebres fueron un reflejo de las redes de sociabilidad del difunto, de su poder económico y de su capacidad para conseguir intermediarios que, con su presencia y rezos, pudiesen interceder por su alma en el juicio individual que se producía tras la muerte. Tanto los cortejos fúnebres como las misas de réquiem y las comidas y refrigerios ofrecidos a los participantes, el día de la defunción se convertía en un festival de actos y rituales orquestados con la finalidad intercesora que todo individuo deseaba en el Más Allá. En este proceso de propiciar el buen tránsito del alma también tuvieron un papel destacado las mandas piadosas y obras meritorias que

cada individuo preveía para mitigar las penas del purgatorio. Misas, ofrendas y mandas piadosas contribuyeron a la forja de un sistema económico cuyos principales beneficiarios fueron las instituciones eclesiásticas.

La importancia de todo el proceso mortuario en el universo mental cristiano de los siglos bajomedievales pervivió durante siglos para, finalmente, quedar relegado, ocultado y rechazado en las sociedades occidentales actuales. Unas sociedades, fundamentalmente urbanas, donde es habitual morir en soledad y aislamiento y donde se han olvidado buena parte de los rituales de sociabilización en torno a un elemento tan central en la vida como es la muerte.

A través de este ensayo he pretendido reflexionar sobre el proceso mortuario medieval analizando algunos de los rituales funerarios más llamativos de los siglos bajomedievales en el territorio aragonés. Y desde este análisis, he tratado de establecer paralelismos con las actitudes ante la muerte en el Aragón actual, en una sociedad que vuelve la espalda al fenómeno de la muerte, pero en la que encontramos pervivencias de unos períodos históricos en los que la muerte se vivió como un fenómeno natural y cotidiano.

IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDOLZ CANELA, Rafael (1995). *La muerte en Aragón*. Zaragoza: Mira.
- ARIÈS, Philippe (2000). *Historia de la muerte en Occidente*. Barcelona: El Acantilado.
- AZPEITIA MARTÍN, María (2008). Historiografía de la "Historia de la Muerte". *Studia historica. Historia medieval*, 26: 113-132.
- BANGO TORVISO, Isidro (1992). El espacio para enterramientos privilegiados en la arquitectura medieval española. *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte*, 4: 93-132.
- BUXÓ REY, María Jesús, RODRIGUEZ BECERRA, Salvador y ALVAREZ Y SANTALÓ, León Carlos (1989). *Religiosidad popular*. Barcelona: Anthropos.
- CHAUNU, Pierre (1978) *La mort à Paris XVIè-XVIIIè siècles*, Paris, Fayard.
- CHIFFOLEAU, Jacques (1980) *La comptabilité de l'au-delà. Les hommes, la mort et la religion dans la région d'Avignon à la fin du Moyen Age (vers 1320-1480)*, Roma, École Française.
- CHIFFOLEAU, Jacques (1979) *Les confréries, la mort et la religion en Comtat Venaissin à la fin du Moyen Age*, Mélanges de l'École Française de Rome: Moyen Age-Temps Modernes, 91, 785-815.
- DEL CAMPO GUTIERREZ, Ana (2011). *El libro de Testamentos de 1938-1407 del notario Vicente de Rodilla. Una introducción a los documentos medievales de últimas voluntades de Zaragoza*. Zaragoza: Institución Fernando El Católico.
- Dirección General de Calidad y Atención al Usuario. (2015). *Los aragoneses ante el proceso de morir*. Departamento de Sanidad, Bienestar Social y Familia. Zaragoza: Gobierno de Aragón.
- ESPAÑOL BERTRÁN, Francesca: *Lo macabro en el gótico hispano*, Madrid, Cuadernos de Arte Español, 70, 1992.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Ernesto (1998). Morir en Vitoria a fines de la Edad Media, la muerte "calculada" del mercader Juan Sánchez de Bilbao. *Sancho el sabio: Revista de cultura e investigación vasca*, 9: 123-136.

- GARCÍA HERRERO, María del Carmen (1989). Ritos funerarios y preparación para bien morir en Calatayud y su comunidad (1492). *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 59-60: 89-120.
- GARCÍA HERRERO, María del Carmen (1984). La muerte y el cuidado del alma en la Zaragoza del siglo XV, *Aragón en la Edad Media*. 6: 209-246.
- GARCÍA HERRERO, María del Carmen y FALCÓN PÉREZ, María Isabel (2006). En torno a la muerte a finales de la Edad Media aragonesa. *En la España Medieval*, 29:153-186.
- GÓMEZ NIETO, Leonor (1991). *Actitud de los madrileños ante la muerte, El Madrid medieval. Sus tierras y sus hombres*. Madrid: A.C. al-Mudayna.
- INFANTES, Víctor: *Las danzas de la muerte. Génesis y desarrollo de un género medieval (siglos XIII-XVII)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1997.
- LAUWERS, MICHEL (2003). Muerte/Muertos. En J.-C. Schmitt y J. Le Goff, *Diccionario razonado del Occidente medieval*. Madrid: Akal: 577-588.
- LE GOFF, Jacques (1981). *El nacimiento del Purgatorio*. Madrid: Taurus.
- LE GOFF, Jacques y NORA, Pierre (1978). *Hacer la historia*. Barcelona: Laia.
- MÁLISHEV, Mijaíl y LAGUNAS RUIZ, Hilda (1996). Muerte y salvación en el catolicismo medieval. *Ciencia ergo-sum*, 3/3: 263-269.
- MANZI, Ofelia y BEDOYA, Jorge (1987). *El tema de la muerte como expresión de la crisis bajomedieval*. Buenos Aires: Facultad de filosofía y letras.
- MARTÍN CEA, Juan Carlos (1991). *El mundo rural castellano a finales de la Edad Media: El ejemplo de Parede de Nava en el siglo XV*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando (1993). *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*. Madrid: Siglo XXI.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio (1994). La muerte y sus discursos dominantes entre los siglos XIII y XV. (Reflexiones sobre recientes aportes historiográficos. En Serrano Martín, E., ed. *Muerte, religiosidad y cultura popular, ss. XIII-XVIII*, Zaragoza, IFC: 15-35
- MORIN, EDGAR (1974). *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairós.
- NFDA. (2019). *Informe de Cremación y Entierro de la NFDA de 2018*. Brookfield: National Funeral Directors Association.
- ORLANDIS ROVIRA, José (1950). Sobre la elección de sepultura en la España Medieval. *Anuario de historia del derecho español*, 20, 5-49.
- RABAZO VINAGRE, Ana Rosa (2009). *El miedo y su expresión en las fuentes medievales. Mentalidades y sociedad en el Reino de Castilla*. Madrid: UNED.
- RODRIGO ESTEVAN, María Luz (2010). Muerte y sociabilidad en Aragón (siglos XIV-XV). En J. Martín Cea, *Convivir en la Edad Media*. Burgos: Dossos: 283-320.
- RODRIGO ESTEVAN, María Luz (2002). *Testamentos medievales aragoneses. Ritos y actitudes ante la muerte (siglo XV)*. Zaragoza: Ediciones 94.

- SÁNCHEZ-RUBIO GARCÍA, Alfredo (2012). El testamento mancomunado aragonés. *Revista de derecho civil aragonés*, 18, 121-161.
- SCHMITT, Jean-Claude (1976). Le suicide au Moyen Âge. *Annales. Économies. Sociétés. Civilisations*, 31: 3-28.
- VOVELLE, Michel (1985). *Ideologías y mentalidades*. Barcelona: Ariel.
- ZAMBRANO GONZÁLEZ, Joaquín (2016). Cultura funeraria popular en España y su presencia historiográfica. En J. Peinado Guzmán y M. Rodríguez Miranda, *Meditaciones en torno a la devoción popular*. Córdoba: Asociación para la investigación de la Historia del Arte y el Patrimonio Cultural "Hurtado Izquierdo": 514-532.

V. ANEXOS

Tabla 1

Defunciones de residentes en Aragón por provincia de inscripción, según lugar de defunción. 2012

	Total		Vacío		No consta		Domicilio		Hospital		Residencia sociosanitaria		Trabajo		Otro lugar	
	Total	%	Vacío	%	No consta	%	Domicilio particular	%	Centro hospitalario	%	Residencias	%	Lugar de trabajo	%	Otro lugar	%
Total	13.724	100	1.358	9,9	115	0,8	3.251	23,7	6 887	50,2	2.015	14,7	5	0	93	0,7
Hombres	6.924	100	784	11,3	54	0,8	1.581	22,8	3 696	53,4	745	10,8	4	0,1	60	0,9
Mujeres	6.800	100	574	8,4	61	0,9	1.670	24,6	3 191	46,9	1 270	18,7	1	0	33	0,5
Aragón	13.362	100	1.317	9,9	94	0,7	3.200	23,9	6.668	49,9	1.988	14,9	5	0	90	0,7
Hombres	6.734	100	757	11,2	41	0,6	1.562	23,2	3.580	53,2	733	10,9	4	0,1	57	0,8
Mujeres	6.628	100	560	8,4	53	0,8	1.638	24,7	3.088	46,6	1.255	18,9	1	0	33	0,5
Huesca	2.372	100	158	6,7	64	2,7	755	31,8	1.007	42,5	372	15,7	0	0	16	0,7
Hombres	1.196	100	111	9,3	30	2,5	371	31	522	43,6	150	12,5	0	0	12	1
Mujeres	1.176	100	47	4	34	2,9	384	32,7	485	41,2	222	18,9	0	0	4	0,3
Teruel	1.545	100	64	4,1	4	0,3	513	33,2	710	46	244	15,8	1	0,1	9	0,6
Hombres	818	100	49	6	2	0,2	265	32,4	395	48,3	97	11,9	1	0,1	9	1,1
Mujeres	727	100	15	2,1	2	0,3	248	34,1	315	43,3	147	20,2	0	0	0	0
Zaragoza	9.445	100	1.095	11,6	26	0,3	1.932	20,5	4.951	52,4	1.372	14,5	4	0	65	0,7
Hombres	4.720	100	597	12,6	9	0,2	926	19,6	2.663	56,4	486	10,3	3	0,1	36	0,8
Mujeres	4.725	100	498	10,5	17	0,4	1.006	21,3	2.288	48,4	886	18,8	1	0	29	0,6
Resto de España	362	100	41	11,3	21	5,8	51	14,1	219	60,5	27	7,5	0	0	3	0,8
Hombres	190	100	27	14,2	13	6,8	19	10	116	61,1	12	6,3	0	0	3	1,6
Mujeres	172	100	14	8,1	8	4,7	32	18,6	103	59,9	15	8,7	0	0	0	0

Fuente: Instituto Aragonés de Estadística a través de la explotación de microdatos del Movimiento Natural de Población, INE
Elaboración: Dirección General de Salud Pública de Aragón. Dpto. de Sanidad, Bienestar Social y Familia.

Documento 1

1402.16.08. Zaragoza. Testamento mancomunado de Jaime Ferriz y Nicolasa de Almudévar.

—Publica: Ana del Campo Gutiérrez (2011) *El Libro de Testamentos de 1384-1407 del notario Vicente Rodilla*. Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

Testament de Jayme Ferriz e de Nicholava d'Almudevar, muller d'el (*llave*)

(*calderón*) En el nombre de Dios e de la preciosa e bienaventurada Virgen Santa Maria, madre suya. Amen. Porque alguna persona en carne puesta de la muert corporal escapar non puede, por aquesto [*tachado*: y] nos, Jayme Ferriz e Nicholava de Almudevar, muller d'el, vezinos de la parroquia de Santa Maria Madalena de la çiudad de Çaragoça, yo, dito Jayme [*interl.*: Ferriz,] stando sano e yo, dita Nicholava, jaziendo enferma, seyendo entramos, merçe a Dios, [*tachado*: e cada uno de nos entramos] en nuestro buen seso, [*interl.*: firme] memoria e palavra manifiesta, [*interl.*: temiendo las penas infernales e copdiciando yr a la beatitud celestial,] revocando, cassando e anulando todos e cada unos testamentos e codicillos por nos et cada uno de nos antes de aquesti feytos e ordenados, de nuestras çiertas sciencias e agradables voluntades, entramos concordos femos e ordenamos aquesti nuestro ultimo testament, postremera voluntat e ordinacion de todos nuestros bienes mobles e sedientes e de cada uno de nos segund se sigue.

Primerament, yo, dito Jayme Ferriz, eslio mi sepultura en la claustra del monesterio de Sant Agostin de la dita ciudat o alli do a Paschual Ferriz, ermano mio, sera bien visto, et yo, dita Nicholava de Almu- //f. 45 v.// devar, quiero, [*tachado*: e] ordeno e mando que mi cuerpo sia enterrado en aquel çiminterio que a Jayme de Almudevar, ermano mio, plazra e bien visto le sera. Et queremos e mandamos que la sepultura de cada uno de nos se faga honradament, segund que a cada uno de nos conviene.

Item queremos, [*tachado*: et] ordenamos e mandamos que todos los tuertos, deudos e injurias nuestros e de cada uno [*interl.*: de nos que por buena verdat seran trobados] sian pagados, satisfeytos e emendados de nuestros bienes e de cada uno de nos.

Item queremos [*interl.*: et] ordenamos que todos e cada unos bienes mobles e sedientes nuestros e de cada uno de nos, havidos e por haver, sian e finquen con la carga e [*interl.*: condicion] diuso scriptas del sobrevivient de nos, que haya aquellos por dar, vender, empennyar e en otra qualquiere manera alienar e por fazer end a su voluntat a todos tiempos, assi como de bienes e cosa suya propria. Empero, con tal condicion e carga que el dito sobrevivient de nos [*tachado*: pague] sia tenido pagar e pague todas las expensas de la defuncion e de la novena e cabo de novena del dito primero finant de nos [*interl.*: e todos los tuertos, deudos e injurias de aquel et non res menos] que faga por el anima de aquel lo que al dito sobrevivient de nos sera bien visto, e de aquesto encargamos agora por la hora su conçiencia.

Item esleyamos e lexamos exequitor de aquesti nuestro ultimo testament al sobrevivient de nos, al qual carament comendamos [*tachado*: nuestras] [*interl.*: cada uno de nos su] anima e le damos pleno, livre e franco poder de exeguir e complir aquel sines de //f. 46 r.// liçencia e mandamiento de algun judge ecclesiastico e seglar segund que de suso por nos es ordenado.

Aquesti es nuestro último testament, postremera voluntat e ordinacion de todos nuestros bienes e de cada uno de nos, el qual queremos que valga por dreyto de testament, e si vale o valdra por dreyto de testament, si no, queremos que valga por dreyto de codicillo o de qualquiere otra ultima voluntat.

Ffeyto fue esto en la dita çiudad a dezesiet dias del mes de agosto anno a Nativitate Domini Mº quadringentesimo secundo.

Presentes testimonios: [*interl.*: don] Pedro Vicient, clerigo, habitant en la çiudad antedita, e Domingo Avarca, vezino de aquella. (*signo final*)